

## II. EL MUNDO EN 1400

EN EL año de 1271 los comerciantes venecianos Nicolo y Maffeo Polo, junto con Marco, hijo de Nicolo, partieron de la ribera oriental del Mediterráneo y cruzaron Irán hasta llegar a Ormuz sobre el Golfo Pérsico. De ahí pusieron rumbo al noreste hasta llegar a Kashgar, en donde tomaron el viejo Camino de la Seda que los llevó a Pekín. Después de viajar extensamente por China y el sur de Asia, los Polo regresaron por mar a Europa, llegando a Venecia en 1295. Unos cuarenta años después, Ibn Batuta, funcionario investigador de Marruecos, emprendió la peregrinación a La Meca, siguió por Irán, Anatolia y la Crimea hasta llegar a Constantinopla, de donde partió con rumbo al Asia central y la India. Pasó varios años desempeñando cargos gubernamentales en Delhi y las Islas Maldivas. Luego visitó el sur de China y Sumatra, y llegó a su hogar en Marruecos en 1349. Tres años después, en compañía de comerciantes marroquíes cruzó el Sahara y llegó al reino de Malí en el Sudán occidental para regresar a Fez a dictar a un amanuense el relato de sus viajes. Entre 1405 y 1433 el almirante chino Cheng-ho viajó siete veces por mar al sur de Asia y llegó hasta el Mar Rojo y la costa oriental de África. En 1492 un capitán genovés al servicio de la reina de Aragón tuvo su primer vislumbre del Nuevo Mundo en donde vio las Bahamas y pensó que había llegado a Japón.

Estos viajes no fueron aventuras aisladas sino manifestaciones de fuerzas que iban atrayendo a los continentes hacia relaciones más amplias y que no tardarían en convertir al mundo en un escenario unificado de actividades humanas. Para entender cabalmente lo que el mundo llegaría a ser, debemos primero saber lo que fue. En consecuencia seguiré a un viajero imaginario en ese año de 1400 y describiré el mundo que pudo haber visto.

En este empeño de antropología universal no me limitaré a presentar tribus distintas, regiones culturales y civilizaciones, sino que delinearé además las redes entrelazadoras de la interacción humana que se extendían a través de cada uno de los dos hemisferios todavía separados, el "Viejo Mundo" de Europa, Asia y África, y el "Nuevo Mundo" de las Américas. Estas redes crecieron y se propagaron en el tiempo y en el espacio. Describirlas y seguir su crecimiento y propagación, significa también remontar los itinerarios históricos de poblaciones que la historia escrita desde un punto de vista occidental ha tendido a pasar por alto o a caricaturizar. Como los "contemporáneos primitivos" del antropólogo, han sido tratadas como pueblos sin historia propia.

Estas amplias vinculaciones entre poblaciones, anteriores a la expansión europea, fueron resultado de procesos materiales identificables. Uno de estos procesos fue la creación de sistemas militares y políticos hegemónicos y pugnaces. En cada uno de los dos hemisferios ocurrió en forma separada el surgimiento de imperios que atrajeron hacia sí los sobrantes producidos por grupos variados y múltiples. Un segundo proceso en marcha fue el crecimiento del comercio a larga distancia, que por doquier conectó zonas de abastecimiento con centros de demanda concentrada, y que abrió papeles especializados para los pueblos que estaban junto a las rutas del comercio. A su vez, la edificación de imperios y el comercio crearon amplias rejillas de comunicaciones que unieron a poblaciones diferentes sometidas a las ideologías religiosas o políticas dominantes. En conjunto estos procesos conformaron el mundo que poco tiempo después Europa reorganizaría para satisfacer exigencias suyas.

### GEOGRAFÍA POLÍTICA DEL VIEJO MUNDO

Para entender este mundo del 1400, debemos empezar con la geografía. Un mapa del Viejo Mundo revela ciertas constantes físicas, una de las cuales es la gran cadena de montañas que corre en dirección este-oeste cruzando la masa de tierra euroasiática. Elevándose desde las abruptas serranías del sur y del occidente de China, la cadena asciende a las alturas del Kunlun, los Himalayas y el Pamir, "el techo del mundo", y llega a la Cordillera Elburz y luego al Cáucaso, a los montes Cárpatos, los Alpes, para terminar en los Pirineos. En ocasiones estas montañas retardaron el contacto entre el norte y el sur; otras veces, gargantas en las cadenas alentaron ataques y movimientos de poblaciones. En el norte de China, los Han tuvieron que construir su gran muralla para mantener fuera a los mongoles y a los turcomanos, y dentro a los chinos. En Turquestán los caminos que iban hacia el sur penetraban en Irán y la India. En el Oeste, los invasores, cruzando el Valle del Danubio, llegaban al corazón mismo de Europa.

Cualquier mapa impreso en las guardas de un libro nos muestra una segunda constante, la distribución de las grandes zonas climáticas, que favorecieron diferentes vegetaciones naturales y, por consiguiente diferentes tipos de habitación humana. Este mapa nos muestra de inmediato una gran faja de terreno seco que se extiende al este y al oeste, del Sahara y los desiertos de Arabia, por la llanura de Irán, y que llega hasta Turquestán y Mongolia. Es la región de los pueblos pastores, que llevan sus rebaños por los pastos disponibles a lo largo de los linderos de los desiertos y de las

estepas. Ahí el cultivo sólo es posible alrededor de las fuentes permanentes de agua de los oasis. Al sur de esta zona seca de desiertos y estepas se hallan el bosque y la sabana tropicales y subtropicales, cargadas de humedad, que suelen ser muy apropiadas para el cultivo, como ocurre en el occidente de África, la Llanura Gangeática, las penínsulas e islas del sudeste de Asia y el sur de China. Al norte de la zona árida se extienden los bosques. Al oeste de los Montes Urales, la región boscosa es lluviosa y cuenta con una larga temporada de cultivo; por ello, al desmontarla constituye un buen terreno agrícola. Al este de los Urales, el bosque es más seco y más frío; se vuelve la taiga, que es un bosque de coníferas de tiempo frío, que junto con la tundra circumpolar, sin árboles y cubierta de líquenes, es una faja que constituye el hábitat predilecto de los cazadores del bosque. Ahí se aventuran muy raramente los agricultores, en tanto que los pastores hallan difícil mantener con vida a sus animales.

Al comparar la distribución de la tierra agrícola cultivable y mejorable con la del desierto y la estepa, surge en seguida un contraste significativo. La distribución de la faja seca es continua; la de la tierra cultivable es salteada y forma islotes. El corredor pastoral facilitó movimientos centrífugos; las zonas arables distribuidas en porciones distribuyeron de manera centrípeta a la gente hacia los terrenos de su aldea. Esta dicotomía entre estepa y siembra conformó una parte considerable del curso de la actividad humana en el Viejo Mundo; a veces dividió a los pastores de los aldeanos, y a veces indujo su interacción.

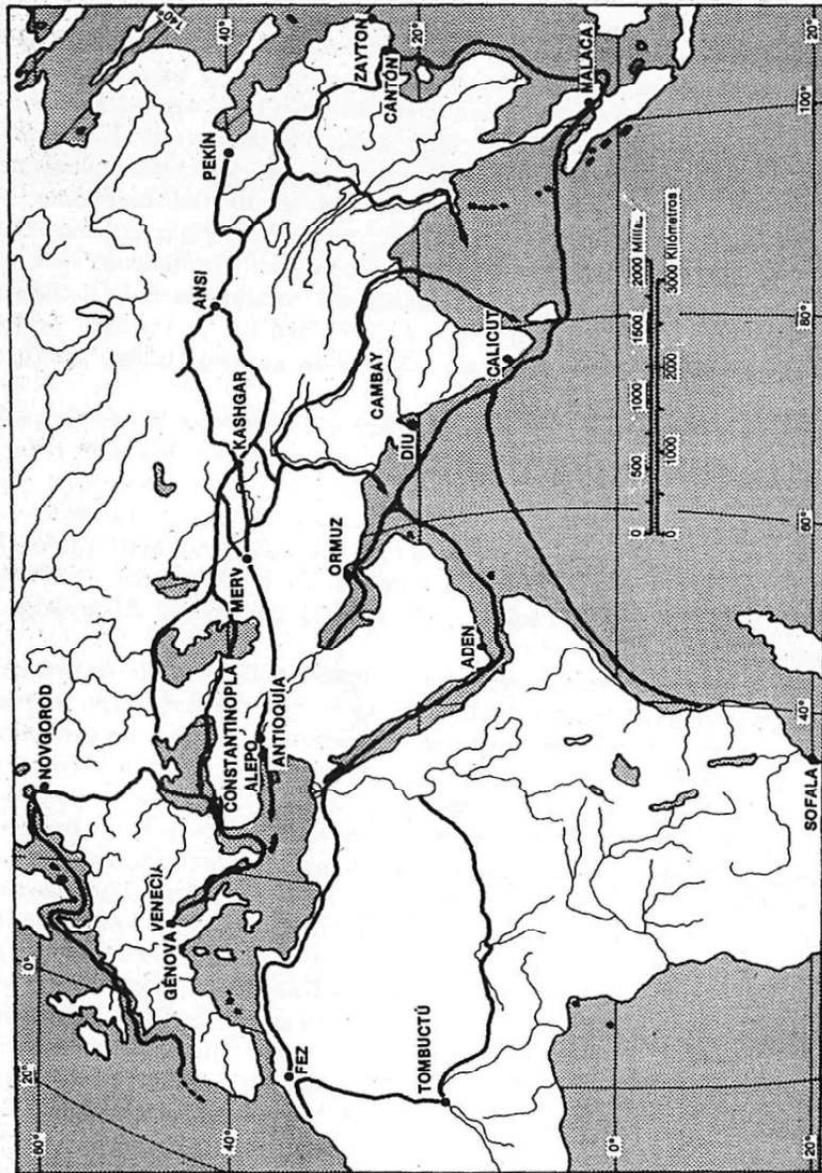
En la porción noroccidental de África la zona de cultivo está circunscrita principalmente a la vertiente mediterránea al norte del Atlas, en tanto que al sur y al oriente está limitada por estepas y desiertos. En el Valle Sus y en el Rharb de Marruecos, en las llanuras de Shelif y Mitidja en Argelia y en la llanura Medjerda de Túnez se cultiva el trigo, que fue importante para sostener a las cortes y élites locales. Al este de Túnez se encuentra el oasis de Trípoli y más allá está Egipto, el gran oasis formado por el Nilo. Sus granos alimentaron a Roma durante los días del Imperio romano, y de ahí en adelante desempeñó la misma función para Bizancio, para los árabes de Damasco, y después de 1453 para los otomanos. Bizancio y el Imperio otomano dependieron cada vez más de las tierras del bajo Danubio y de los litorales del Mar Negro en cuanto a su abasto de granos. (Véase mapa en la guarda final del libro.)

Pequeños islotes de cultivo se abrieron en las laderas escalonadas de Palestina; hubo también grandes oasis agrícolas en Antioquía y Damasco. La estepa siria, cultivada en tiempo de los romanos y nuevamente en el siglo xx, ecológicamente es marginal y durante mucho tiempo estuvo abandonada a la ocupación de los nómadas pastores. En Anatolia la

agricultura es posible a lo largo de las playas del Mediterráneo y del Mar Negro y en algunas parcelas de la meseta montañosa, pero el resto es estepa y hacia el sureste reaparece el desierto. Irak, la tierra entre el Tigris y el Éufrates, fue enormemente productiva en otro tiempo. Sus sobrantes de producción, debidos en parte a obras hidráulicas, fueron la base de diversos Estados desde los tiempos acadianos; la construcción de obras hidráulicas de toda especie llegó ahí a su máximo bajo la dinastía sasánida de Irán (226-637 d.c.). Pero con la conquista islámica y el concomitante crecimiento de Bagdad, que llegó a ser una capital de más de 300 000 habitantes, la riqueza agrícola y los recursos humanos se sacrificaron cada vez más a la ciudad, lo cual a su vez llevó a una disminución en el rendimiento agrícola y a una reducción constante en el monto del tributo obtenido (Adams, 1965: 84 ss.). Un golpe final a la productividad fue la invasión de los mongoles a mediados del siglo xiii pues el khan mongol Hulágu destruyó las obras de riego del valle inferior.

Más allá de la cadena montañosa de Zagros se encuentra la meseta iraní, que en su mayor parte es desierto y estepa, aunque hay cultivos en puntos aislados a lo largo de una faja de abanicos aluviales que se extienden alrededor del borde interno de la cadena montañosa. A veces se ha llevado el cultivo a la región más seca por medio de túneles subterráneos (*qanats*), que por gravedad llevan agua a lo largo de la capa freática a campos lejanos. La aridez y el desierto restringen el cultivo en Afganistán y Baluchistán, situados al oriente.

A pesar del predominio de desiertos y estepas hostiles en toda esta región, una cadena de oasis urbanizados basados en la agricultura de riego proporcionaba paradas de descanso y estaciones de abastecimiento a las caravanas que iban al este o al oeste. La más importante ruta de estas caravanas fue el Camino de la Seda, que empezaba en Antioquía en el norte de Siria, cruzaba Rai (cerca de Teherán), luego atravesaba Meru y Balj (Bactras) y llegaba a Kashgar. Ahí se bifurcaba y tomaba la dirección norte o sur del Desierto de Taklamakan (sur de Gobi). La senda septentrional llevaba a Kucha y Karashahr, y la meridional a Yarkand y Khotan. Ambas sendas volvían a juntarse en Tunhwang en el Kan-su chino, desde donde se internaban en China. Kashgar, que Marco Polo ensalzó por sus jardines y viñedos, era un centro importante de comercio de larga distancia, habitado, según palabras de Marco Polo, por gente "que viaja y comercia en todo el mundo". De Kashgar salía otro camino hacia el norte, hacia Samarcanda, y de ahí seguía a Sarai en el bajo Volga, desde donde era fácil llegar a los mares de Azof y Negro. A todo lo largo de la escarpa septentrional de la gran cadena eurasiática de montañas había también bolsones de tierra arable que podía cultivarse si se mantenía alejados a los



*El Viejo Mundo en 1400: principales rutas de comercio*

pastores que consumían tanta agua y pastos. Así pues, una cadena de regiones cultivadas muy separadas entre sí formaba un gran arco que partiendo de los Montes Atlas de Marruecos llegaba a Kan-su, en las puertas mismas de China. Las regiones agrícolas estaban conectadas por rutas de tráfico y comercio. Esta gran cadena se unificó, política y religiosamente, sólo una vez en la historia, cuando los ejércitos del Islam se abrieron en abanico al este y al oeste partiendo de la Península Arábiga en el curso de los siglos VII y VIII de nuestra era. Después, se rompieron los eslabones de la cadena y nunca más volvieron a unirse. La separación política se exacerbó aún más a causa del sectarismo religioso, pues cada clase de segmentación reforzaba a las demás.

Una segmentación aún mayor debilitó muchos de los eslabones de la larga cadena. Regiones agrícolas separadas dieron lugar a entidades políticas separadas, que internamente estaban limitadas por los recursos a su alcance, y también expuestas a las incursiones y saqueos provenientes de más allá de sus fronteras desguarnecidas. A esta estructura geopolítica tan suelta, la mantuvieron unidas conexiones de comercio y de fe religiosa, que trascendieron las limitaciones de cada componente aislado y que pudieron en ocasiones sumar recursos en una escala más amplia; sin embargo, como carecían de una fuerza política unificada que las defendiera, estas asociaciones estuvieron expuestas a constantes interferencias y rupturas.

Al norte de la cadena euroasiática de montañas estaba la estepa, amplio corredor que partía de la estepa de Mongolia en el este, cruzaba las estepas Kirghiz y rusa y llegaba a la estepa húngara en el corazón de Europa central. Éstas fueron las rutas predilectas de los nómadas pastores. La conversión de la pradera del sur de Rusia en tierra de cultivo permanente tuvo que esperar la derrota de los pastores y sus khanes por los rusos en el siglo XVII.

Más allá de la pradera rusa, hacia el oeste, se encuentra la península europea que es una zona de bosques templados que se pueden desmontar y cultivar. Sin embargo, el desarrollo de esta península más allá del Mediterráneo romano, fue muy lento. Rodeada casi por completo de agua —el Mar Báltico, el Mar del Norte, el Atlántico y el Mediterráneo—, esta vecindad del agua podría convertirse en una gran ventaja pero sólo si los litorales se defendían contra merodeadores provenientes del norte y del sur. Esta tarea no se pudo realizar por completo sino hasta el siglo IX de nuestra era. Al mismo tiempo el despejo de los bosques europeos tardó milenios. No fue sino hasta el año 1000 cuando el equilibrio entre bosques y tierra de cultivo se inclinó en favor de los labriegos. Entonces se desarrolló el cultivo seguro en tierras apropiadas defendibles militarmente, situadas entre el bosque y el mar, con frecuencia donde algún río importante proporcio-

naba una salida al mar. Regiones así favorecidas y de alta productividad fueron los Países Bajos, la cuenca del Sena, los escurrimientos del Rin medio, el Valle del Támesis en Inglaterra, el Valle del Tajo en Portugal, y el Valle del Po en Italia. Los excedentes agrícolas de estas regiones alimentaron el crecimiento del poder político, y eso las convirtió en bases estratégicas de abastecimiento de Estados en desarrollo.

En el extremo oriental del Camino de la Seda, en Kan-su, la ruta transcurasiática penetraba en China, que era un mundo político-económico muy diferente del de Europa e Islam. Europa estaba circunscrita a los bordes externos de una península; las regiones de su centro geopolítico se iban consolidando a lo largo del perímetro de la tierra. El mundo islámico se extendía longitudinalmente a través de la espina dorsal eurasiática, y se ramificaba al oeste y al este en el interior de África. En cambio China se desarrolló como una unidad compacta, enorme en comparación con las entidades políticas de Occidente. Este desarrollo fue muy gradual. La constitución del Estado quedó asegurada inicialmente por la expansión agrícola en el norte, en las regiones de los ríos Ching y Wei en Shansi, en el río Fen en Shansi y en el valle inferior del río Amarillo. La principal cosecha de esta región fue el trigo, aunque a partir del año 700 de nuestra era el trigo fue cobrando importancia. Este antiguo centro político de gravedad entró en relaciones con el Valle del Yang-Tse, y las dos regiones se conectaron mediante grandes canales a principio del siglo VII. Poco después se desarrolló al sur del Yang-Tse una tercera área clave. En el siglo III de nuestra era empezó una migración de chinos étnicos (Han) hacia los fértiles deltas y cuencas de esta región; y en los siglos VII y VIII se aceleró muchísimo merced al apoyo de una tecnología más avanzada para el cultivo del arroz, basada en el empleo de utensilios, semillas y técnicas de riego mejores.

En el delta del río Mekong surgió desde el siglo I de nuestra era una estructura gubernamental basada más o menos en modelos chinos e indios sostenida por el cultivo del arroz mediante riego. La constitución de centros hidráulicos en regiones e islas adyacentes durante el primer milenio de nuestra era, se apegó primordialmente a prototipos indios. Figuraron entre ellos el reino khmer de Angkor y varios reinos de Ceilán y Java. En la India propiamente dicha, una región central anterior situada a lo largo del río Indo, sostuvo en un tiempo los sistemas gubernamentales de Mohenjo-Daro y Harappa, que fueron destruidos en 1200 a.c., probablemente por invasores indoeuropeos. Después de esto el seco Valle del Indo nunca recobró su anterior papel clave, excepto como región por donde ocurrieron incursiones provenientes del Asia central. Cuando con posterioridad se formaron Estados, se originaron en el Valle del Ganges, espe-

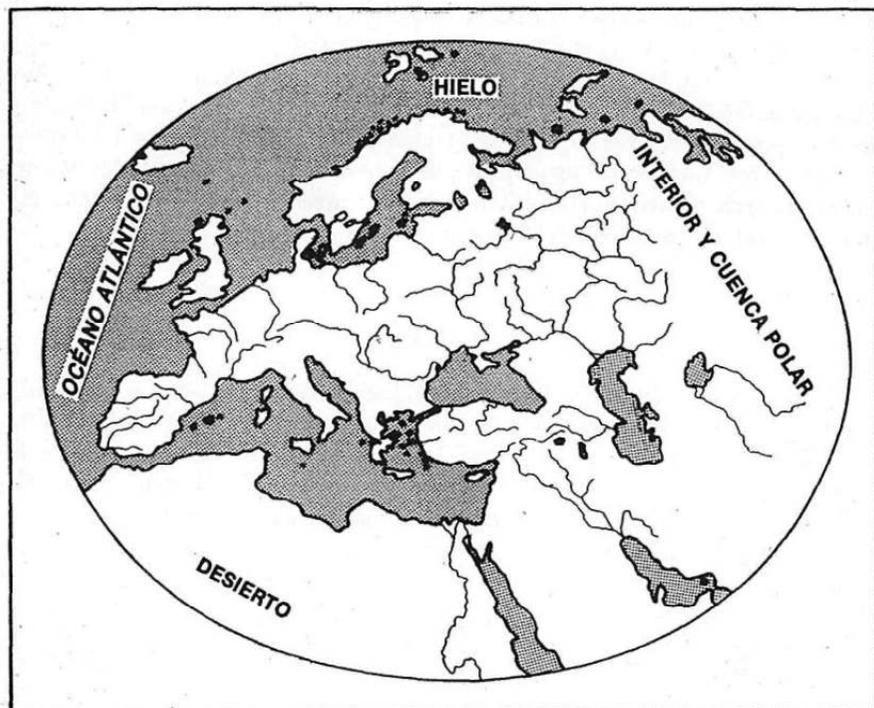
cialmente en las regiones de Bihar y Bengala. Ahí, el arroz era la cosecha principal, que se cultivaba con riego suplementario cuando la precipitación anual era de sólo 100 a 200 cm, y cuando las lluvias eran muy copiosas (más de 200 cm) defendían sus cultivos con represas y diques.

El avance de la agricultura de riego en el este y sur de Asia desplazó a las poblaciones que empleaban sistemas de cultivo menos intensivos. En la India, los cultivadores intensivos hacían presión contra las tribus que practicaban la agricultura de tumba-roza-y-quema, como eran los mundas y los oraones de Bihar. En China el pueblo han asumió su identidad histórica conforme se desarrollaba su economía política basada en el riego, cosa que ocurrió después del 700 a.c. Al sur de ellos estaban los "bárbaros" no-hanes que hablaban mong (miao), yu mien (yao) y tai. Conforme los hanes avanzaban por el río Yang-Tse hacia territorio "bárbaro", incorporaban algunos grupos que tenían similitudes agrícolas y políticas con ellos, al mismo tiempo que rechazaban a los cultivadores de tumba-roza-y-quema a regiones más montañosas o inhóspitas. En otras partes los cultivadores migratorios se retiraban para proteger sus sociedades fundadas en la familia, de las presiones debidas a exacciones políticas y económicas. El resultado de esto fue que las poblaciones restantes de minorías no-hanes han existido en las montañas del suroeste de China y en las vecinas Birmania, Tailandia, Laos y Vietnam desde los siglos XII y XIII. Estos mismos procesos se repitieron en menor escala en las tierras bajas cuando se desarrollaron núcleos de agricultura de riego, en tanto que los habitantes de las colinas recurrían al cultivo de tumba-roza-y-quema en las inaccesibles y montañosas tierras del interior.

### Comercio

En su marcha en el año 1400 por las colinas y fortalezas del Viejo Mundo, nuestro imaginario observador habrá seguido los pasos de innumerables comerciantes que por milenios se habían esforzado por construir redes comerciales extensas entre regiones muy separadas. Evidentemente la distribución salteada de regiones agrícolas dio particular importancia a las rutas de conexión, fueran de mar o de tierra. Estas rutas, cortas o largas, exigían servicio y defensa contra ataques. Al mismo tiempo, cualquier grupo que lograra controlar un gran eslabón conector podría beneficiarse de la red de transporte, o también cortar las conexiones, lo cual acentuaría la compartimentación de las tierras cultivables. Es decir, la historia del Viejo Mundo podría escribirse no sólo en términos de regiones agrícolas y estratégicas, sino también de los vínculos entre ellas.

Una de las grandes ventajas de la península europea de Eurasia era su proximidad a las rutas marítimas que la rodeaban, desde el Golfo de Finlandia y el Mar Báltico al Mediterráneo oriental. Desde la parte más septentrional de esta red marítima la gente podía viajar por el Volga, y, a semejanza de los vikingos, llegar por barco hasta el Caspio. Sin embargo, esta ruta fue interrumpida por nómadas de las estepas y no se abrió nuevamente sino hasta mediados del siglo xvi. Desde los puertos del Mediterráneo oriental, el Camino de la Seda llevaba a Kashgar y de ahí al interior de China. Una segunda ruta que partía del Mediterráneo llevaba de Alepo hasta el Golfo Pérsico, y de ahí por barco a la India y al Asia sudoriental. Una tercera ruta significaba cruzar el Istmo de Suez y luego usar transporte marítimo para cruzar el Mar Rojo y el Golfo de Adén, para llegar al oriente de África, a la India y más allá. Del litoral meridional del Mediterráneo, caravanas de camellos (los "barcos del desierto") cruzaban el Sahara para convergir en las ciudades de Gao y



*La península europea: su cercanía a las vías de agua*

Tombuctú, sobre la comba del río Níger. De ahí, el transporte fluvial y caravanas de burros llevaban las mercancías hasta lo más profundo del África occidental. Por su parte, el sudeste de Asia era cruzado por innumerables rutas de incursiones y de comercio, desde Malaya hasta las Filipinas y Japón. La existencia de estas rutas nos hace recordar que los intercambios y trueques de larga distancia tienen raigambres antiguas. Desde hace mucho los mercaderes han transportado mercancías de regiones con excedente de producción a otras deficitarias, y obtenido así una utilidad por sus servicios. Puesto que los elementos de transporte eran limitados, ya que las cargas debían ser transportadas por tierra por porteadores humanos y por animales, y por mar en bodegas de barcos de muy poco tonelaje, este comercio tendía a centrarse forzosamente en mercancías de lujo, es decir, en mercancías que daban una gran utilidad por unidad vendida. En la medida en que el comercio de mercancías de lujo predominó, las operaciones comerciales tendieron a moverse en dos esferas diferentes. Una fue la del comercio y del intercambio local en que las mercancías de uso diario se movían entre aldeas y poblaciones situadas en regiones restringidas; la otra fue la del comercio de larga distancia en mercancías caras producidas para consumo de élites, que servían para resaltar sus posiciones de dominio político y económico.

#### *Nómadas pastores*

Al cruzar la faja seca del Viejo Mundo que va de África hasta los más remotos confines de Asia, los comerciantes y otros viajeros entraban en el hábitat de poblaciones especializadas en su uso: los nómadas pastores, que no nada más eran pastores sino que habitaban a ambos lados de las rutas que conectaban oasis con oasis, regiones centrales con regiones centrales y territorios con territorios. Como contaban con caballería, podían impedir el movimiento entre puntos estratégicos y lanzar ataques en masa contra centros de comercio en oasis y poblaciones. Hoy día, las tornas han cambiado contra los pastores, pues cada vez pierden elementos para hacer la guerra en su provecho. Sin embargo, antes de que los europeos abrieran la ruta marítima a Oriente, los pastores desempeñaron un papel importante en el comercio transcontinental de las caravanas, pues exigían tributo a cambio de promesas de salvoconducto. Este poder de fijar tales "rentas de protección", según frase de F. C. Lane, significaba un buen ingreso. Niels Steensgard ha calculado que el Levante sufrió una pérdida de entre tres y cuatro millones de piastras debido a la apertura de la ruta alrededor del Cabo de Buena Esperanza que estableció una ruta comercial directa entre Europa y Asia (1973: 175).

Pero en 1400 el comercio de las caravanas estaba todavía en su apogeo, como también lo estaban los nómadas pastores que lo patrullaban. Esto no quiere decir que los pastores pudieran sobrevivir independientemente de la región en que estaban establecidos. Aunque su especialidad era la cría de ganado, que los obligaba a moverse con sus rebaños en busca de pastos y agua, lo común era que dependieran de los cultivadores para hacerse de grano y de productos artesanales. De este modo fue como pastores y cultivadores se vincularon mediante trueques necesarios para ambos. Los términos de estos trueques dependían de la distribución del poder entre las poblaciones respectivas. Cuando los nómadas pastores contaban con caballos, solían tener a su favor las ventajas que dan la sorpresa, la movilidad y el impacto superior con respecto a la población sedentaria. Como los pastores estaban organizados en cuadros segmentados y lineales, eso les daba una ventaja estratégica adicional. Los cuadros que ordinariamente operaban por cuenta propia podían amalgamarse mediante llamamientos a un linaje común.

Con esto no queremos significar que los pastores hayan estado siempre dispuestos a atacar las poblaciones sedentarias; había muchos tipos de pastores que vivían en pacífica simbiosis con poblados sedentarios. Había también muchas poblaciones pastorales que cultivaban algo en el curso de su ciclo migratorio anual o que delegaban tareas de cultivo permanente en subgrupos de su federación. Había muchos factores que afectaban los grados de intercambio entre productos pastorales y agrícolas; ciertos cambios obligaban a los pastores a abandonar la ganadería en favor del cultivo, en tanto que otros orillaban a los cultivadores a abandonar sus campos y a entregarse plenamente a la ganadería. La pregunta que debe uno formularse y que no tiene una respuesta fácil se refiere a las condiciones precisas bajo las cuales los nómadas pastores escogían la opción de la guerra abierta en vez de valerse de estrategias de acomodamiento o simbiosis.

Nuestro observador del año 1400 habría visto indudablemente a nuestros pastores nómadas como "azotes de Dios". Durante una buena parte de un periodo de 400 años lanzaron un ataque tras otro contra los centros de cultivo; no están del todo claras las razones de esto. Owen Lattimore ha remontado la fuente de los movimientos en la historia de la estepa y eso lo ha llevado a aquellas zonas limítrofes en que cultivadores y nómadas compiten por tierras que pueden ser de cultivo y de pastoreo (1951). Estas regiones eran también fajas de convulsiones políticas, en las cuales los que gobernaban a los cultivadores tenían interés en que los nómadas pelearan entre sí; sin embargo, al mismo tiempo los nómadas conocían las debilidades y puntos fuertes de las áreas sedentarias. Fue tan grande la repercusión de los nómadas pastorales, así fueran turcomanos, mongoles, árabes o bereberes,

a lo largo de los cuatro siglos anteriores al período estudiado por nuestro observador, que este lapso sobresale entre las fases que lo precedieron o sucedieron.

La aptitud de los nómadas para reunir grandes fuerzas móviles de combate bajo un mando efectivo les sirvió de mucho en tiempos de guerra pero les creó problemas en tiempos de paz. Les resultó difícil administrar ininterrumpidamente las poblaciones conquistadas sin perder eficacia combativa. Se dice que Ch'u-ts'ai, *khitan* de origen chino, dijo a Ogö dai, sucesor de Gengis Kan, que "El imperio fue creado a caballo, pero no puede ser gobernado a caballo" (Grousset, 1970: 257). Por consiguiente, para consolidar sus ganancias los conquistadores pastores solían adoptar los modelos administrativos de los pueblos que habían vencido. En la práctica islámicos, en tanto que los de la estepa oriental y del desierto se apegaron a modelos han chinos. Esta etapa tuvo sus consecuencias. Concentrarse en las habilidades necesarias para una buena administración tendió a debilitar las habilidades que apoyaban los logros militares. Al mismo tiempo, mejorar la base impositiva sobre la cual descansaba el esplendor de la corte, invitaba a los rivales —todavía nómadas— a desafiar a los conquistadores (Lattimore, 1951: 76-77). El resultado fue un constante *quitate-tú-ponerme-yo* de las élites gobernantes, acompañado con frecuencia por depreciaciones violentas y por destrucción de las presas ganadas en la guerra, entre las cuales figuraba la población productora de excedentes y de la base tecnológica de la cual dependía su producción.

Los pastores no nada más interactuaron con zonas de cultivo intensivo, sino también entre sus propios grupos. Invadieron tierras de otros grupos y disputaron el control de puntos vitales del comercio. Según Frederick Teggart (1939), cada derrota sufrida a los pies de la gran muralla china rebotaba a los pastores contra otras poblaciones igualmente pastorales y que esta presión se transmitía hasta que los invasores migratorios eran obligados a estrellarse contra las fuerzas romanas en Occidente. Aunque es muy probable que la descripción de Teggart exagere la sincronización de los procesos, es innegable que el movimiento continuo de pastores a lo largo de la faja seca (de idioma mongol y turcomano en el norte y árabe en el sur) convirtió a este corredor en una región de gran interacción, así como en escenario de conflictos.

## EL CERCANO ORIENTE Y ÁFRICA

*Turcomanos*

En 1400 nuestro viajero encontraría grandes poblaciones pastorales en movimiento a lo largo de la senda del antiguo Camino de la Seda. Al este de Kashgar, dichas poblaciones hablarían principalmente lenguas mongólicas, y al oeste hablarían más bien idiomas turcos. A partir del año 1000, los que hablaban idiomas turcos tuvieron crecientes contactos con habitantes de ciudades y con cultivadores, principalmente en el lindero norte de Irán y en la adyacente faja de estepa. Allí, tanto la agricultura como el poderío de la clase campesina se desvaneció conforme los guerreros de la estepa ganaban ascendencia. Convirtiéndose al Islam sunnita y fusionando su ideología bélica con el papel del *ghazi* que peleaba en la frontera por la fe, los turcomanos pudieron recapturar buena parte de las energías ideológicas del Islam antiguo y expansionista. A partir del siglo xi, los turcomanos fueron sustituyendo a otros pueblos como mercenarios y como enlaces militares al servicio de los gobernantes del Cercano Oriente. Y en dos territorios —en la Anatolia central y en el noroeste de la India— consolidaron su gobierno en el siglo xi, en tanto que a mediados del xiii una élite de siervos militares (mamelucos) turcos y circasianos sustituyó en Siria y Egipto a un grupo gobernante de ascendencia kurda.

En el curso de los siglos xiii y xiv, la mayor parte de los grupos turcos fueron barridos por las conquistas de Gengis Kan y sus mongoles; inicialmente se unieron a los mongoles y luego se aprovecharon de sus retiradas. Por ejemplo, en Irán, una dinastía de turcos seljúcidas cayó ante la carnicería mongólica a lo largo del primer tercio del siglo xiii; sin embargo, cien años después se reabrió la rivalidad entre mongoles y turcos. Esta contienda la ganaría inicialmente un turcomano de Transoxiana, el terrible Timur (Tamerlán). En 1400 sus dominios se extendían desde el Mar Negro a las puertas de Kashgar, pero se empezaban a desmoronar casi desde 1405, el año de su muerte. Un siglo después, la importante porción central del Timur en Transoxiana caería bajo la conquista usbeca, realizada por un khan descendiente de Gengis. Luego los líderes religiosos de la orden safawí chiita movilizarían a los turcomanos pastoralistas, derrotarían por el oriente a los usbecos sunnitas y unificarían Irán contra la presión de los turcos otomanos sunnitas que lo amenazaban por el oeste.

Los otomanos eran descendientes de un clan oghuz que tenía tierras de pastoreo alrededor de la ciudad de Meru; los encabezó una élite de turcos seljúcidas que hablaban persa. Con el tiempo llegarían a ser el núcleo

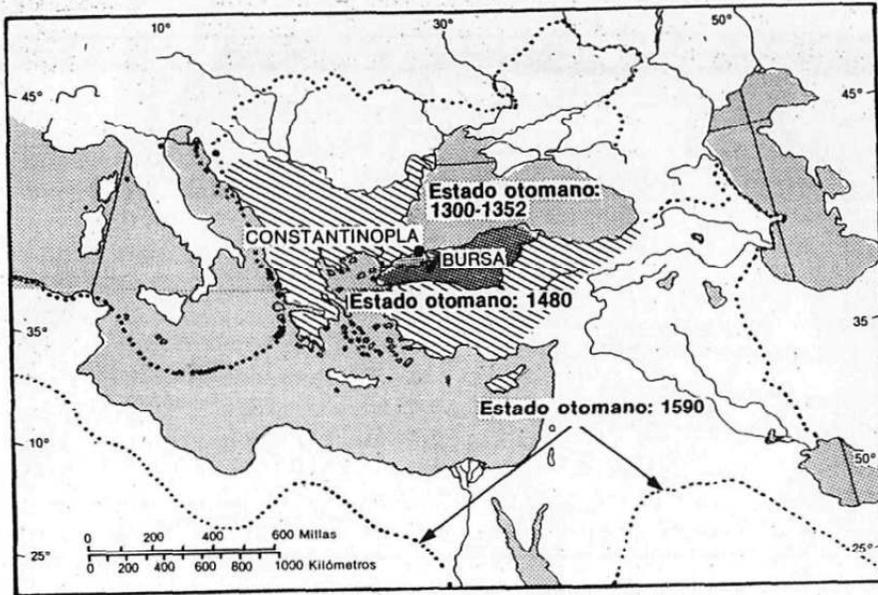
de lo que McNeill ha llamado “un principado fronterizo de filibusteros” (1963: 499). A partir de 1300 incursionaron y saquearon colonias bizantinas partiendo de una base situada en el noroeste de Anatolia; luego, en la segunda mitad del siglo xiv se desbordaron rápidamente por los Balcanes. Hacia 1400 habían reducido a los otrora poderosos bizantinos a enclaves en Constantinopla y Salónica y en el Peloponneso sudoriental; estaban preparando sus ataques finales contra estos blancos cuando Timur los derrotó en Ankara (1402). Los otomanos sobrevivieron a sus rivalidades con Timur, y en el siglo xv reanudaron su expansión: en 1453 conquistaron Constantinopla y fundaron un imperio que duraría hasta el término de la primera Guerra Mundial.

O sea, que nuestro observador habría encontrado a los otomanos justo antes de ser derrotados por Timur. Habría observado el poder de la ideología *ghazi*, que inspiró la expansión otomana contra los infieles bajo el lema de la *jihad*, o guerra santa; pero habría visto poco del sistema que los otomanos construirían para retener y administrar sus conquistas. Este inmenso imperio dominaría a lo largo de tres siglos el Cercano Oriente, bloquearía el acceso europeo directo a Oriente y desviaría la expansión europea hacia Occidente, hacia las Américas, y a las rutas marítimas las haría dar vuelta por el Cabo de Buena Esperanza. Vale la pena, pues, estudiar brevemente la estructura imperial que se presentaría.

La política otomana se centró en el sultán, con su corte imperial compuesta por sus siervos o esclavos militares, los famosos jenizaros. Por lo común, estos esclavos se reclutaban entre no mahometanos, entre cautivos de guerra o entre niños recibidos en pago de tributos impuestos a poblaciones conquistadas. Criados en la lealtad al sultán, sólo a él debían vasallaje, no a ningún otro grupo afín que se entrometiera en la maquinaria del Estado.

Por medio de este sistema, los otomanos buscaron resolver los problemas de divisibilidad y competencia que eran propios de la segmentada organización social de los nómadas pastores. (Esta pauta no fue original de los otomanos. Fue conocida desde el siglo viii entre los califas abasidas de Bagdad, que reclutaron mayormente turcos de las estepas vecinas, y entre los califas omeyyas de Córdoba, España, que prefirieron a los esclavos.)

Los siervos militares eran destinados a gobernar las provincias y a acopiar sus excedentes, con los que se alimentaba al ejército otomano y se garantizaba el abasto de alimentos de la región central. En recompensa, los siervos militares recibían porciones de los tributos por el resto de sus días (*iq ta*). El título de propiedad de la tierra lo retenía el sultán y jamás lo daba en propiedad, con lo cual se impidió el crecimiento de una forma europea de feudalismo, en cuyo seno organismos emparentados tenían la



Estado otomano: 1300-1352

propiedad hereditaria de la tierra y del trabajo. El Estado otomano también ejerció control sobre los *ulemas*, que eran los maestros islámicos del derecho religioso. A diferencia de la costumbre islámica anterior, organizaron a los *ulemas* dentro de una jerarquía que era responsable ante el Estado y que tenía a su cargo la uniformización del derecho frente a las influencias centrífugas de variantes religiosas locales. Los *ulemas* y los siervos militares constituyeron la clase *askeri*, soldados. A todos los demás se les clasificaba como súbditos (*raeya*), que con sus tributos sostenían al Estado y a su oficialidad.

Sin embargo, la economía otomana se basaba en el uso generalizado del dinero. Los excedentes tributarios, junto con el producto de los campesinos y los productos artesanales de los gremios se vendían en los mercados locales, regionales e interregionales. Esto hacía que tanto la recolección de impuestos como la valoración de los ingresos dependieran de una capa de mercaderes, cuyas actividades eran necesarias al Estado, aunque siempre amenazaban con escapar a su control. A los mercaderes se les autorizaba oficialmente y las ventas en el mercado eran celosamente vigiladas y gravadas por parte de funcionarios estatales. Sin embargo, a fines del si-

glo XVI, el comercio dentro del reino otomano se fue vinculando cada vez más estrechamente al comercio con Venecia, Génova y Florencia y con los emporios comerciales situados en las riberas del Mar Negro. Gran parte de este comercio era de contrabando y, ciertamente, el "contrabando fue dominante" (Islamoglu y Keyder, 1977: 41). Al mismo tiempo, el Estado, que iba perdiendo su capacidad para cobrar impuestos, iba sustituyendo la remuneración a sus funcionarios con impuestos a la agricultura. El agricultor contribuyente proporcionó ingresos al Estado a cambio de los derechos para cobrar localmente tributos e impuestos y para disponer de ellos. Este eclipsamiento del poder del Estado llevó, a su vez, al surgimiento de una clase de nobles locales, los *ayanes*, cuyo poder local e influencia comercial aumentaba a medida que se desvanecía el poder palaciego y de sus representantes.

El norte y el occidente de África

región alianza de  
poder  
rotas comercio

Más hacia occidente, en el norte de África, las poblaciones nómadas desempeñaron también un papel estratégico en ese año de 1400. En esta región, cada ciudad o emporio de caravanas se alzaba dentro de un anillo de campos circundantes y de bosquedillos de palmeras separados uno de otro por desierto o estepa. Las ciudades estaban ligadas por rutas de comercio muy amplias, pero sus caravanas tenían que recorrerlas, aun aquellas porciones que cruzaban territorios hostiles en poder de nómadas y seminómadas que buscaban la satisfacción de sus propios intereses.

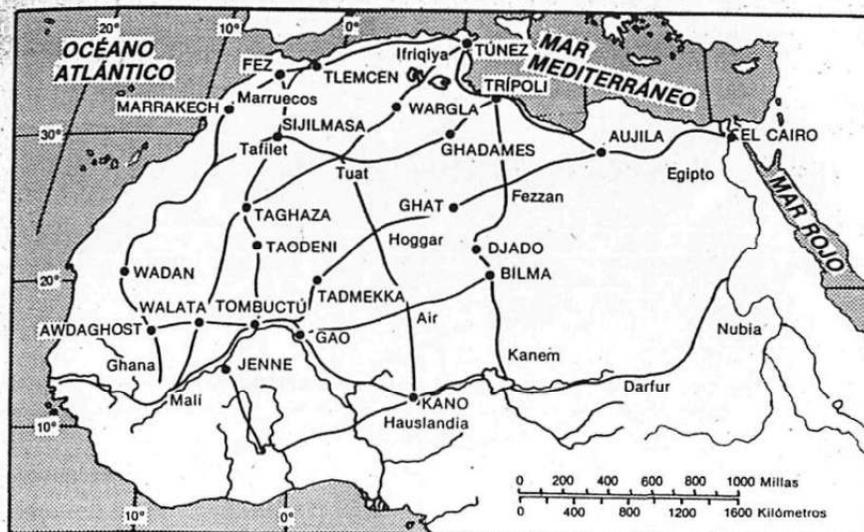
Si bien es verdad que la geografía y la pauta de colonización de esta región hacen pensar en fuertes contrastes entre la estepa y los terrenos sembrados, y entre ciudades y sus territorios rurales, lo cierto es que las sociedades musulmanas del norte de África salvaron estas brechas por medio de vínculos de "solidaridad horizontal" (Laroui, 1976: 35). Las ciudades no constituían unidades aisladas de los campos circundantes, independientes y autogobernadas. En todas las ciudades había barrios que albergaban grupos separados entre sí por distinciones étnicas, religiosas o de ocupación; estos grupos tenían sus contrapartes en poblados y aldeas. Así pues, ciudades, poblados y aldeas formaban entidades "geográficas y ecológicas, y también sociales que incluían territorios y poblaciones que no eran ni exclusivamente urbanas ni exclusivamente rurales, sino una combinación de las dos" (Lapidus, 1969: 73-74). Cada entidad regional estaba dominada por una élite de familias que se habían unido entre sí mediante matrimonios, de terratenientes, mercaderes, funcionarios del Estado, jefes de gremios y los líderes religiosos de mezquitas, escuelas y fundaciones de caridad (*ulemas*). Al mismo tiempo, vínculos de interés común ligaban

a estas élites a través de linderos regionales. El comercio de larga distancia tejió una red de relaciones comerciales entre comunidades de mercaderes y produjo alianzas con los dirigentes de grupos pastoriles relacionados con la protección del tráfico de caravanas. Además, en todo el mundo musulmán se hallaba la élite religiosa de los ulemas vinculando regiones diferentes en su calidad de líderes e intérpretes de la religión y del derecho. Finalmente, los centros estratégicos y los puntos fuertes se hallaban en manos de élites políticas-militares, por lo común compuestas por los soldados esclavos de un sultán de gran fuste, que decretaban impuestos y dictaban normas en caso de conflicto o de avenencia con miembros de las élites regionales.

La preservación del poder en estas colectividades dependía de que el control de la región quedara en manos de la élite y de mantener alianzas eficaces con grupos pastorales capaces de defender las rutas y oasis de las caravanas en el interior del país. Negar el control significaba formar alianzas con segmentos tribales desafectos y buscar la colaboración de comerciantes y artesanos urbanos contrarios. De aquí resultaba un eterno vaivén en el cual los aliados disidentes probaban los límites del control del gobernante hasta que el camino estuviera despejado y lo pudieran derrocar. Después de una toma del poder, el ciclo volvería a comenzar.

Este eterno proceso de edificar y derribar alianzas fue analizado brillantemente en el siglo XIV por el cortesano berberisco Ibn Jaldún, que vio en él una alteración incesante entre la solidaridad de parentesco de los nómadas y la diversificación de intereses propia de la vida sedentaria. El proceso tiene su lógica peculiar, como mostró el propio Ibn Jaldún. Sin embargo, en el norte de África fue también consecuencia de un contexto mayor, el del comercio transahárnico, por una parte, y de relaciones con fuerzas económicas y políticas, por otra, en Iberia e Italia.

El comercio transahárnico con África Occidental fue de importancia estratégica para el África del Norte, el Cercano Oriente, e inclusive para Europa. Atravesando el desierto, las rutas comerciales penetraban en la faja de la sabana transafricana y más allá, a la zona de los bosques tropicales. Las minas de oro de Bambuk y Buré del África Occidental jugaron un papel vital en el abasto de numerario del Viejo Mundo. A fines de la Edad Media esta región proporcionó unos dos tercios del oro que circulaba en la economía del hemisferio (Hopkins, 1973: 82). La región de los bosques dio también un gran número de esclavos al Cercano Oriente. Además, esta zona exportaba telas, marfil, pimienta y nueces de cola (estimulantes muy apreciados en aquellos lugares en que el Islam prohibía el uso del alcohol) y recibía a cambio caballos, bronce, cobre, objetos de vidrio, cuentas, cueros, textiles, ropa hecha y alimentos conservados, proveniente todo ello del África del Norte, y también sal de las



*África Occidental: principales rutas de comercio*

minas del Sahara. Las rutas comerciales que llegaban a Marruecos y Argelia cruzando el occidente del Sahara estaban de modo muy principal en manos de comerciantes dyulas, cuya lengua era el mandé, que se habían extendido hacia el sur partiendo de Jenne (situada sobre el río Bani, tributario del Níger) y llegando a Begho, el principal punto de recaudación de oro y productos forestales que estaba situado al borde de la zona boscosa. Las rutas de comercio orientales a Túnez y a Libia conectaban con la red comercial de los hausa, que comerciaban hacia el sur, hacia la zona de bosques, partiendo desde la ciudad de Kano en el norte de Nigeria y desde otras poblaciones hausas.

Evidentemente, esta red externa tuvo consecuencias políticas. El control de los puntos de transferencia entre el bosque y la sabana y entre la sabana y el desierto colocaba el poder en manos de quienes pudieran lograr y retener ese control. También resultó crucial para la formación de Estados en el África Occidental la entrecara entre las tres zonas. La más antigua de estas entidades, que data de hacia el año 800 d.c., fue Aukar, que estuvo muy relacionada con centros comerciales de los pastizales septentrionales del alto Níger y del alto Senegal. Dicho Estado, fundado probablemente por Soninke y comúnmente llamado Ghana por el título de su

gobernante, controló el comercio de oro proveniente de los placeres de Bambuk y se valió de su monopolio para obtener de Marruecos mercancías que le eran necesarias por medio de una colonia de mercaderes musulmanes. En el siglo xi el reino cayó en manos de los bereberes de Mauritania, los almorávides, que de ese modo se hicieron del control de su comercio hacia el norte. Luego, en el siglo xiii, una antigua dependencia de Ghana se alzó y se convirtió en la entidad de Kangaba (Malí), dominada por los malinkes. También en este caso el poder se fundó en el control del comercio del oro y en la hegemonía sobre las rutas provenientes de Tombuctú.

En 1400 Kangaba estaba en decadencia; a lo largo de ese siglo, cedería el paso a Songhay, cuya capital era Gao. El comercio de Songhay con el norte se llevó a cabo por medio de comerciantes musulmanes berberiscos lemtunas, que transportaban mercancías de los oasis al norte. Tiempo después Songhay cayó ante la invasión de marroquíes provenientes del norte. Una nueva formación de Estados ocurría a lo largo de las periferias meridional y oriental del antiguo Songhay. A fines del siglo xvi surgirían por el sur los diversos Estados del Mossi, que controlarían la ruta de Jenne a las tierras boscosas de Asante y a la región de sabanas del bajo Volta. Al oriente, la entidad de Kanem-Bornu, a horcajadas sobre las rutas comerciales a Túnez, Libia y al medio Nilo sería llevada a segundo término por los Estados hausas, cuyos centros eran Katsina y Kano, los dos poblados principales del comercio del este. Partiendo de estos centros, los hausas entraron en contacto con pueblos que hablaban yoruba y con sus vecinos de los bosques del África Occidental.

Lo anterior quiere decir que el África situada al sur del Sahara, no fue la región aislada y atrasada que imaginaron los europeos, sino parte integrante de un macizo de relaciones que conectaban a mineros y cultivadores de bosques con comerciantes de la sabana y del desierto y con mercaderes y comerciantes de la próspera faja del África del Norte. Esta tela de relaciones tenía una urdimbre de oro, "el comercio de oro de los moros", pero un entramado de intercambios en otros productos. El comercio tuvo consecuencias políticas directas. Lo que ocurría en el Benín nigeriano o en el Kano hausa tenía repercusiones en Túnez y Rabat. Cuando los europeos entraron por el litoral al África Occidental, pondrían pie en un país donde ya abundaban poblados y colonias, atrapado en redes de trueque que excedían con mucho a los estrechos enclaves de los emporios europeos del litoral.

Estas repercusiones pueden verse en el extremo norte de las rutas comerciales en Marruecos y Argelia. Aquí se hicieron del poder una élite tras otra; todas ellas dependieron de la interacción con el Sahara y con la zona de bosques. Cada élite sucesiva se anclaba en una confederación

fundada en el parentesco, a la que daba vigor una ideología religiosa. Ya nos referimos a los almorávides que destruyeron Ghana. Fueron miembros de un movimiento religioso que había cobrado fuerza en el siglo xi entre las confederaciones pastorales bereberes del Sahara cuando la base de sus recursos se vio amenazada por beduinos árabes que avanzaban al interior del Sahara mauritano. Desde sus ermitas militares-religiosas (*ribat*, la raíz de su nombre), predicaban la vuelta a un Islam purificado. Una rama de los almorávides marchó al sur, donde se apoderó del oro de Ghana; otra fue al norte y conquistó Marruecos y España. Los almorávides gobernaron Al-Andalus entre 1090 y 1110. En el siglo xii tomaron su lugar los *al-muwihiddin* (cuyo nombre se españolizó como almohades), o unitarios, de la confederación masmuda. A su vez, los almohades fueron sucedidos en el siglo xiii por los *beni marin*, pastoralistas del desierto provenientes del vecino emporio comercial de Sijilmasa, que luego excluyeron del poder a los sanhajas y masmudas en favor de su propia confederación, los zanatas. Posteriormente, los *beni marin* libraron una guerra en dos frentes, una contra los restos del Al-Muwihiddin en Túnez, los hafsidas, y otra contra una sección de su propia confederación, los zayanidas del occidente de Argelia, que les disputaban el control sobre Sijilmasa. Los hafsidas y los zayanidas comerciaban con el litoral europeo, en especial con Aragón en el oriente de España, con lo cual buscaban contrapesar el poder de los *marin* y compensarse por el empobrecimiento de sus tierras internas por las correrías de los nómadas. En 1492, después de la caída de Granada ante las fuerzas de Castilla, hafsidas y zayanidas buscaron la protección de los otomanos, la cual les llegó en forma de una flota pirata, haciendo de la piratería la fuente principal de sus ingresos en lo sucesivo (Abun-Nasr, 1971: 167).

En 1400 nuestro viajero habría encontrado que los *beni marin* seguían controlando Marruecos, aunque irían perdiendo apoyo. En el siglo xvi el gobierno pasaría a los líderes de un movimiento religioso que afirmaba descender del profeta Mahoma. El movimiento, que predicaba la guerra santa contra los portugueses, se originó entre los bereberes del Valle de Susa. A fines del siglo xvi, estos sadianos tratarían de reconquistar el control del oro del Sudán, para lo cual invadieron y destruyeron Songhay, pero lo único que lograron fue pasar a las caravanas de oriente el comercio del oro que realizaban las caravanas de occidente. A su debido tiempo, y siguiendo los pasos de sus contrapartes de Argelia y Túnez, estos gobernantes de Marruecos recurrirían a la piratería como medio de explotar el movimiento de riquezas por las nuevas vías marítimas abiertas por los europeos.

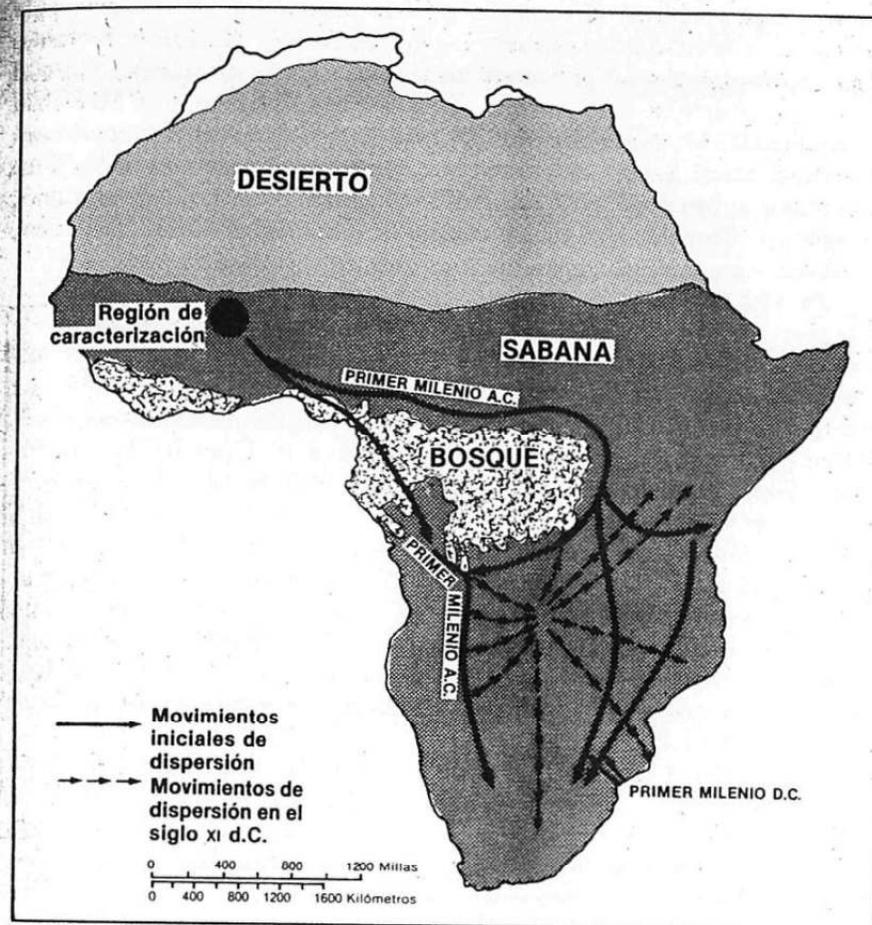
*África Oriental*

El África Oriental también formó parte de la red de rutas terrestres y marítimas, cuyas consecuencias habrían sido evidentes a nuestro observador de 1400.

Esta región estaba habitada principalmente por poblaciones de habla bantú. Aunque de su historia es muy poco lo que conocemos, los testimonios de que disponemos, que provienen de la arqueología, de la lingüística comparativa y de la etnohistoria, indican que se originaron en los Camerunes centrales, de donde partieron en direcciones diferentes dos corrientes de poblaciones. La primera se movió hacia el oriente, cruzó la faja sudánica y hacia el segundo milenio a.c. se dedicó a la producción de cereales, a la crianza de animales y a trabajar el hierro. Hacia el 1000 a.c. grupos de poblaciones pertenecientes a esta rama oriental se encontraban ya en el Valle del Rift y en las mesetas de Tanzania y el sur de Kenia. Hacia el año 500 a.c. esta corriente se volvió hacia el sur y cruzó la faja de bosque tropical en los alrededores del Lago Victoria. Desde este punto de entrada, poblaciones de cultivadores y pastores de habla bantú tomaron rumbo al sur, hacia el Transvaal, y hacia el suroeste, hasta el centro de Zambia, Zimbabwe (Rodesia), y luego penetraron en Angola. El movimiento hacia el sur cruzando el río Limpopo entró en Transvaal hacia el año 400 a.c.

Una segunda corriente de migraciones llevó a estos hablantes de bantú al sur de los Camerunes; siguiendo rutas costeras y fluviales llegaron a la desembocadura del río Congo. En contraste con las poblaciones ganaderas y forjadoras de hierro del movimiento hacia el oriente, las poblaciones de este segundo movimiento siguieron siendo por largo tiempo labriegos que usaban utensilios de piedra y que cultivaban raíces. A principios de la era cristiana se reunieron las poblaciones de estos dos movimientos, probablemente en el norte de Angola. Hacia el 500 d.c. avanzaban hacia el este, hacia Zambia y el Zaire suroriental; pusieron en marcha algunos de los procesos forjadores de Estados que todavía perduraron en tiempos ya históricos. Su marcha desplazó poblaciones cazadoras y recolectoras; sus predecesores de lengua khoisana fueron empujados al inhóspito sudoeste africano, donde todavía están. Son los khoi-khoi ("hotentotes") criadores de ganado y los san ("bosquimanos") recolectores de comida.

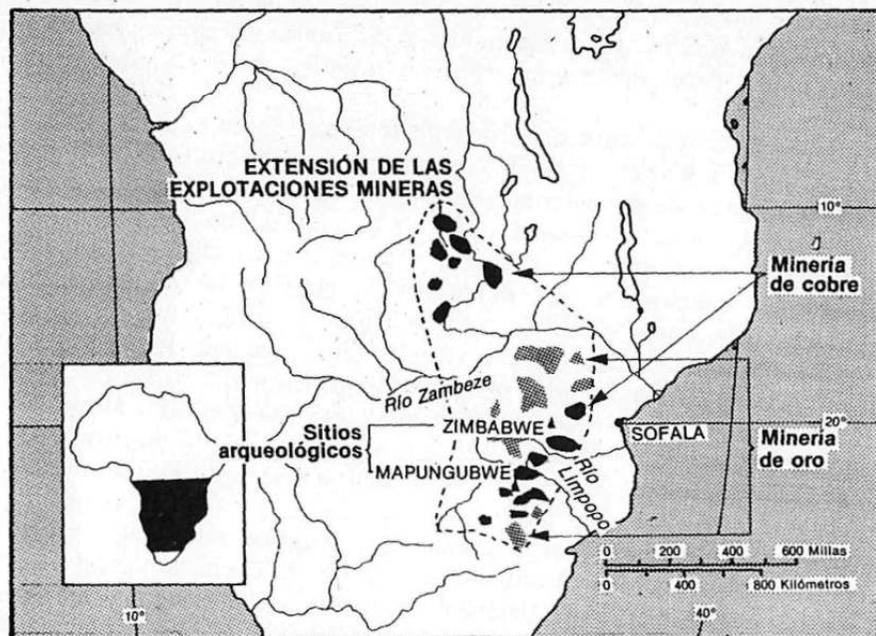
Estos bantúes, cuyo número iba en aumento, establecieron más y más contactos con comerciantes asiáticos y del Cercano Oriente. Desde el siglo x o quizá desde antes hubo en el África Oriental estaciones de comercio de árabes, que exportaban a la India y más allá, esclavos, marfil, hierro, cuernos de rinoceronte, conchas de tortuga, ámbar y pieles de leopardo. Fuentes chinas mencionan esclavos de Zenj (África Negra) desde el siglo vii, y



*Las migraciones de los pueblos de habla bantú. (Según Phillipson, 1977; cortesía del autor)*

ya en 1119 se decía que la mayoría de los ricos de Cantón tenían esclavos negros (Mathew, 1963: 108). Parece muy posible que los comerciantes que participaron en este temprano comercio de exportación fueran malayos del reino de Sriviyaya en Sumatra que desde los siglos viii al xi controlaron el comercio entre India y China. Aunque es probable que los árabes hayan ocupado Zanzibar desde el siglo viii, parece que el primer puerto de gran

importancia del África Oriental fue Kilwa, que controló el comercio de oro del sur de Rodesia a partir del siglo xi. Otros depósitos importantes fueron Mogadishu, Kisimani Mafia y Malindi. A medida que, en el siglo xiii, cobraban precedencia las rutas comerciales que conectaban Anatolia con el Golfo Pérsico y el Océano Índico sobre las rutas continentales de los mongoles, crecía considerablemente el comercio del África Oriental en oro, marfil, cobre y esclavos. A cambio de sus exportaciones, África Oriental recibía cuentas y telas de la India, porcelanas chinas (sobre todo Ming) y mercancías generales de Birmania y Vietnam.



Minería prehistórica en el oriente de África

El comercio del oro tuvo más repercusión en las tierras del interior. Para el siglo ix, la minería de depósitos de oro (a veces de más de 30 metros de profundidad) estaba en pleno auge en la región comprendida entre el Zambeze y el Limpopo. Es "muy probable que se hayan exportado cantidades inmensas de oro" (Summers, 1961: 5). Los mineros eran criadores de ganado que usaban hierro y probablemente también cultivadores. Hacia el 1000 d.c. cayeron bajo el dominio de unos advenedizos, probablemente de lengua shona, que se establecieron entre los mineros en centros de

mando y ceremoniales hechos de piedra; en Zimbabue hay ruinas de los más conocidos. Los jefes se apoderaron del comercio de oro con los árabes del litoral y también explotaron el marfil y el oro del valle del río Limpopo. Su influencia en las tierras del interior se aprecia en los ricos entierros de Ingombe Ilede sobre el río Zambeze, que revelan a las claras un comercio amplio en cobre, hierro y oro.

En 1400 los shonas de Zimbabue estaban gobernados por una dinastía Rozwi, los muenes mutapas, cuya forma de gobierno está descrita en antiguos relatos de viajeros portugueses y en narraciones oral-históricas de la región (Abraham, 1966). Lo que sabemos sobre ellos nos permite un vislumbre excepcional de un ejemplo de formación de un Estado fincado en la participación en la red hemisférica de comercio, así como una cierta comprensión de la economía política e ideología de un reino africano en desarrollo. En estos relatos, los shonas se nos presentan como una asociación de linajes paternos organizados dentro de un cierto número de "tribus" o corporaciones de parentesco. Cada corporación estaba asociada con *midzimus*, o espíritus de antecesores, dominados a su vez por uno o más espíritus *mhondros* que representaban y perpetuaba al fundador de la jefatura tribal y al grupo de sus descendientes. Por encima de estos espíritus, que en su mayoría eran de antecesores, se erguía el espíritu ancestral del clan real del nembire, que unía al clan con dios, *Mwari*. Zimbabue era al mismo tiempo el centro ceremonial dedicado a Mwari, la deidad pan-shona, y el centro político del gobernante mbire, a quien al rezarle se le daba el título de Muene Mutapa. La soberanía final sobre la tierra pertenecía al gobernante supremo, que a su vez otorgaba derechos a ella a los jefes de asociaciones de líneas patriarcales, que con el tiempo llegarían a ser espíritus mhondoro antiguos dentro de la jerarquía mhondoro. A cambio, el gobernante recibía de los beneficiados oro, marfil, armas, ganado y azadas. Estas mercancías se usaban después como tales para el tráfico costero. Aunque el sistema de gobierno centralizado de los muenes mutapas se desintegró a mediados del siglo xv, las jefaturas que lo sucedieron desempeñarían un papel vital en el florecimiento del comercio portugués con el Oriente. "El oro y el marfil del África Oriental —dice Malyn Newitt (1973: 32), compraban las especias indias— que eran el interés principal de Portugal en el Oriente. De no haber tenido el control de este comercio, los portugueses no habrían podido competir jamás con los musulmanes en el mercado de la India."

## ASIA MERIDIONAL Y ORIENTAL

Hacia el este, al otro lado del Océano Índico y más allá, están las enormes regiones de la India y China y el archipiélago del Sudeste de Asia. El comercio marítimo en especias y oro entre la India y Occidente, que fue muy amplio durante los comienzos del Imperio Romano, se debilitó a partir del siglo II d.c. (véase Wheeler, 1955). Esto reorientó el comercio de la India hacia el Sudeste de Asia (Coedès, 1964: 44-49), e hizo que árabes y persas se quedaran con las rutas comerciales hacia Oriente. En el siglo IV y nuevamente en los comienzos del VII hubo colonias de mercaderes árabes en Cantón (Leur, 1955: 111). Hasta el siglo X los chinos exportaron sus mercancías en naves árabes o iraníes y en barcos de pueblos navegantes no-hanes de los Mares de China y del sur de China. Es decir que hubo conexiones antiguas de comercio entre las regiones centrales del sur, oriente y occidente de Asia.

Sin embargo, el desarrollo de la India y China dependía, en último análisis, más de la expansión del cultivo y de los excedentes debidos a esta expansión que de cualesquier vínculos creados por el comercio exterior. En el curso de esta expansión, tanto China como la India crearon dispositivos económicos y políticos distintivos que ligaron a los productores de excedentes con los consumidores de los mismos, cada uno de los cuales merece un tratamiento aparte. Por tanto, ahora nos ocuparemos del Sudeste de Asia, región donde se cruzan los caminos que iban a China y a la India.

*India*

Nuestro observador, que cruzó la India en 1400, debió de encontrar muchas ciudades en ruinas. En 1388 Timur invadió el norte de la India y destruyó los ejércitos de los sultanes turco-afganos. Diez años después, en 1398 saqueó Delhi, acuchilló a sus habitantes y se llevó el tesoro de los sultanes a su hogar, Transoxiana. Después de esto, hubo un caos político muy largo en el norte de la India, pese a que una nueva dinastía afgana empezó a reconsolidar algo de poder hacia la segunda mitad del siglo XV.

Si hubiera recorrido las aldeas de la India, nuestro viajero habría quedado sorprendido por la tenaz división de la población en castas hereditarias; ya desde el 300 a.c. el embajador macedonio ante la corte de Chandragupta Maurya dio cuenta de algunas características de las castas; al comenzar el siglo XVI, el portugués Duarte Barbosa, que acompañó a Magallanes en su viaje alrededor del mundo, describiría detalladamente una

casta. O sea, que las castas tenían ya una larga historia en la India, y tanto antes como después de la llegada de los europeos al subcontinente habían regido las relaciones de sus pobladores. Por consiguiente necesitamos examinar con cierto detalle las castas, considerándolas como fenómeno en evolución, pues si es verdad que éstas han influido el curso del cambio, también lo es que han sido afectadas por él.

La raíz de la palabra india para casta es *jati*, que viene de *jan*, dar a luz, lleva en sí el significado de descendencia de un antecesor común. Este concepto de ascendencia común puede ser invocado en varios niveles: el de familia ampliada, linaje, linajes relacionados con el nivel local, el conjunto de linajes que operan en una región, así como la supercategoría de *varna*, que clasifica todas las unidades en cuatro categorías jerárquicas formadas a partir de la gran categoría negativa de descastados o intocables.

El nivel que se invoque dependerá del interés en juego en un determinado contexto. Los niveles se pueden mezclar para facilitar comunalidades y alianzas dentro de un determinado conjunto de circunstancias; su separación podrá ocurrir según cambien las circunstancias (Béteille, 1969: 157). Al mismo tiempo que los segmentos se dividen y mezclan, se clasifican y catalogan mutuamente. El idioma de la clasificación de castas es el idioma de la pureza o infición, que hace que el orden de castas "sea congruente y racional para quienes viven en él" (Dumont, 1970: 44).

Para constituir una casta, un grupo de personas vinculadas por parentesco debe adherirse a ciertas costumbres, tales como hábitos alimentarios y estilos de vestido, y realizar ciertos rituales comunes. Si un segmento de una casta se quiere separar de otro, debe crear sus costumbres y ritos distintivos. En caso de fundirse dos segmentos, la fusión se anuncia por una fusión de costumbres y actuaciones. Aunque la ideología guía del sistema afirma que su constitución es estática, lo cierto es que en su seno hay un amplio margen de flexibilidad y movilidad. Puesto que el pertenecer a una casta está relacionado con el poder económico y político, los actos de un segmento afectan a todos los segmentos adyacentes. De esto se sigue que la movilidad de una casta puede resultar estorbada por los esfuerzos opuestos de otras castas. Lo cierto es que algunos segmentos se han elevado a la jerarquía de casta, en tanto que otros la han perdido. Finalmente, el sistema permite que los extraños entren en él. Es cosa característica que los nuevos conquistadores cuenten con la anuencia para ocupar la porción superior de la jerarquía de segmento, como *kshatriya*, o castas guerreras; además, grupos étnicos no hindúes pueden ser introducidos al sistema si se les asigna a una categoría de casta.

Pero para entender cómo trabaja la casta de un modo concreto debemos

ver más allá de la organización de parentesco y del idioma ritual y estudiar la economía política de la casta. En cualquier provincia, grupos de linajes sostienen posiciones de comando y dominio, en cuyo centro está un linaje principal. Los linajes dominantes se casan entre sí, con lo cual refuerzan su situación de mando en la provincia. Este grupo de linajes exhiben su posición de un modo ritual, si bien su dominio es tanto ritual como político. En cada poblado, segmentos de la casta dominante controlan la vida económica y política en su calidad de terratenientes y de guerreros. En el nivel de la provincia, la casta dominante proporciona el gobernante o rajá, lo cual da a la provincia el carácter de un "pequeño reino" político (Dumont, 1957). Era común que estos reinitos formaran parte de un Estado mayor. Un aumento en la situación política de un rajá provincial dentro de un Estado así acrecentaba la influencia de la casta dominante en la provincia; una disminución amenazaba la posición y solidaridad de la casta dominante y de sus segmentos hasta llegar al nivel de poblado.

En situaciones ideales, el rango más elevado en el orden de la casta descansa en los grupos de parentesco de los sacerdotes o brahmanes. Son los portadores del *dharma* u orden, valores y normas universales (Dumont, 1970: 68). Como encarnan el grado más alto de pureza ritual, no contaminan a quienes están abajo de ellos, pero sí pueden resultar contaminados por otros. Ofician en actos religiosos y son árbitros de las normas apropiadas de conducta conforme a los antiguos textos sánscritos. De aquí que las castas y los segmentos de castas inferiores situadas en la porción inferior de la escala de pureza que quieren remontarla, deban modelar sus costumbres y rituales conforme a pautas brahmanes, y que busquen la certificación de su éxito en los sacerdotes brahmanes. El resultado fue una propagación de modelos brahmanes a todo lo largo de la segmentación de castas (Srinivas, 1961: cap. 1). Sin embargo, esta imitación del sacerdocio no fue el único modo de conseguir una posición más elevada; hubo también imitaciones de modelos de guerreros y de comerciantes.

En tanto que el rango de los brahmanes certificaba la pureza ritual, el de los kshatriyas o guerreros significaba poder. En contraste con el sacerdotal *dharma*, el reino guerrero era el de los *arthas* o de la fuerza, ganancia y ventaja egoísta (Dumont, 1970: 66). Pero como la fuerza crea poder, a final de cuentas eran los *arthas* los que conjuntaban el orden de jerarquía y segmentación. Dentro de una aldea o de un grupo de aldeas relacionadas, el segmento de casta localmente dominante cumplía las funciones guerreras. En términos ideológicos, el linaje dominante representaba la función real en el nivel de aldea (Dumont, 1970: 66). Es decir, que el poder kshatriya era la sede real del sistema; todo aquel que en una determinada localidad ejerciera o usurpara ese poder funcionaría

como kshatriya (Jayawardena, 1971: 118). Sin embargo, en ciertas condiciones, cuando los grupos de mercaderes se volvían más importantes que los kshatriyas, las castas inferiores podían aspirar a obtener la condición de mercaderes (Sinha, 1962). Esto significaba que la categorización de las castas se podría ajustar a circunstancias cambiantes de poder e influencia; en particular, los linajes locales o provinciales podían manipularla para reforzar o ensanchar su situación relativa sobre una región más amplia. En el nivel de Estado, el rey podía reasignar situaciones de casta (Hutton, 1951: 93-97). En los poblados, era común que la casta fuera de menos significación que el pertenecer a los gremios de artesanos (Lehman, 1957: 523). Ni siquiera en las aldeas fue absoluto el asimiento de la casta dominante. Donde ésta mostraba relaciones especiales con castas de servicio mediante festejos, intercambios y rituales, otras castas de situación inferior podían contratar emulando una conducta similar a la de los brahmanes, con lo cual mostraban su oposición a la casta dominante (Heesterman, 1973: 101).

El elemento más fuerte de que disponía el segmento de la casta localmente dominante era su control sobre las tierras de la aldea. Prevalcieron varias formas de tenencia de la tierra hasta el siglo XVIII en que los ingleses iniciaron reformas al respecto. Una fue la tenencia *bhaiacharya*, según la cual la tierra la disfrutaba el segmento como un todo y era redistribuida periódicamente entre las familias conforme a las fluctuaciones en su tamaño y necesidades; el segmento pagaba como grupo una renta al rajá. *Pattidari* fue otra forma de tenencia, en la cual la tierra se dividía entre los hogares del segmento de la casta dominante conforme a su posición genealógica, aunque la renta se seguía pagando unitariamente; *bighadam* fue una tercera forma, en la cual la tenencia era desigual y los usuarios pagaban renta conforme al tamaño de su parcela. En la India preinglesa estas formas de tenencia y de percepciones no se excluían mutuamente, sino que eran puntos cambiantes de un continuo. La constante fragmentación de la tierra o la presión de un Estado fuerte debilitaron los lazos de parentesco y llevaron a abandonar la tenencia basada en el rango genealógico y adoptar la basada en las necesidades familiares. Lo inverso podría ocurrir si el jefe de un linaje ascendente se volvía poderoso. En la base de estos arreglos de tenencia había derechos y obligaciones de parentesco, inclusive pretensiones de apoyo a los supuestos derechos de los líderes al trabajo y a la lealtad de los parientes. Así pues, los derechos a la tierra cambiaban según crecían y menguaban estas otras pretensiones. Cuando llegaron los ingleses interpretaron estas relaciones fluctuantes entre individuos como tipos fijos de propiedad conforme al modelo europeo; a lo que vieron le dieron fuerza como régimen liberal de derecho de

propiedad, con lo cual abrogaron de hecho la capacidad de adaptación de los arreglos anteriores.

En las aldeas había también dos categorías de gente sin derecho alguno sobre la tierra. La primera se componía de grupos de castas que proporcionaban servicios al grupo de terratenientes como artesanos o barberos. Podían estar asociados con una determinada familia de terratenientes o trabajar al servicio de la casta terrateniente en general. Estos servidores eran dueños de los utensilios de su oficio y recibían algo como "garantía de vida". Esto los diferenciaba marcadamente de una capa de gente que no tenía ni los utensilios de su oficio ni ningún derecho a la tierra basado en pretensiones de linaje (Meillassoux, 1974: 102-103; Newell, 1974: 487). Eran o trabajadores sin tierra o inquilinos sujetos a la voluntad de los terratenientes; también podían ser peleteros de jornada incompleta o viajeros de comercio. Esta gente constituía un grupo de trabajadores disponibles para el servicio de la capa dominante de la aldea (Mencher, 1974). Componían las llamadas castas de intocables, cuya humilde posición se acentuaba todavía más a causa de tabúes que gobernaban sus relaciones con las castas superiores. La distribución de estas castas intocables se relacionaba con factores ecológicos. Las castas intocables se concentraban principalmente en las regiones densamente pobladas de la Llanura Indo-Gangeática del norte y en las fértiles regiones costeras del sur, donde más bien eran labriegos. En los distritos más secos y montañosos, los propios terratenientes cultivaban por sí mismos sus tierras; ahí los artesanos provenían del segmento más pobre de los terratenientes. Hubo veces en que al disminuir los recursos, los terratenientes de las aldeas expulsaban de ellas a los intocables (Newell, 1974: 487-488). En los lugares en que se quedaron, trabajaban principalmente a beneficio de los terratenientes y estaban sujetos a sus órdenes.

La arquitectura general de la sociedad india, que era a la vez celular y segmentada, pero que podía generar eslabones entre diferentes células y segmentos, se entenderá mejor contra el telón de fondo de la ecología política de la India. Hay cuando menos tres Indias: la de la llanura que forma el río Ganges; la del litoral marítimo y la del Decán, que es la meseta montañosa central. La India Gangeática es una región de muchas lluvias y de cultivo de arroz muy intensivo. Históricamente ha sido el área central de la formación del Estado indio; aquí es donde tuvo su centro el régimen maurya de 322-185 a.c. y donde los guptas ejercieron su soberanía entre 300 y 600 d.c. La India del litoral comprende una serie de deltas fluviales y tierras costeras, tales como Andrah y Tamiha a lo largo de la costa Coromandel en el este, y Kerala (sobre la costa malabar), Konkan y Gujarat en el oeste. Los puertos que existen a lo

largo de estas costas han destacado desde hace mucho en el comercio marítimo de grandes distancias. La tercer India, la del Decán, está separada de las otras dos por cadenas de colinas y de montañas. Al norte está separada de la Llanura Gangeática por una región montañosa habitada todavía por gente que habla lenguas austro-asiáticas, y de las tierras bajas costeras por dos cadenas montañosas, las Ghats Occidentales y Orientales. En sí el Decán es una meseta seca. Su vegetación natural son chaparrales, y sus cosechas predominantes, tales como el mijo, están adaptadas a las condiciones de aridez de la región. Arroz y otros productos se dan mediante riego con agua sacada de charcas dispersas o "tanques", que por desgracia suelen secarse cuando más necesaria es el agua; esto hace que la meseta sufra escaseces periódicas de alimentos.

Hoy en día, la península india es una de las regiones más densamente pobladas del mundo; sin embargo, las condiciones que hicieron posible esta situación se presentaron lenta y desarticuladamente; hubo distritos que quedaron en manos de recolectores de alimentos y de cultivadores esporádicos. Cuando surgieron Estados centralizados, se valieron de su poder para despejar terrenos, regarlos, realizar explotaciones mineras profundas y colonización de las fronteras, fuera por gremios de colonizadores o por organismos brahmanes. Sin embargo, la centralización política se logró muy raramente, bajo los mauryas y los guptas, y eso únicamente en la Llanura Gangeática. En otros tiempos y lugares, la unidad política prevaleciente siguió siendo el "pequeño reino", una provincia gobernada por el rajá del linaje mayor, que por lo general no tenía poderes para movilizar a su gente con fines de expansión agrícola. Por otra parte, en el Decán, el riesgo sólo fue posible merced a charcas dispersas, lo cual llevó más bien a la dispersión de la población, no a su concentración alrededor de un centro hidráulico. La colonización y la dispersión de colonias y su conversión en nichos ecológicos, propicios pero aislados, acrecentó aún más la dispersión y la descentralización. Los intermedios entre regiones colonizadas quedaron con frecuencia en manos de grupos ordenados por el parentesco pero hostiles a los Estados vecinos, supuestamente amenazadores. O sea, que la expansión de la esfera cultural de la India tuvo una modalidad completamente diferente de la de China. Este país avanzó ensanchando un centro hidráulico homogéneo, arrinconando a los cultivadores de tumba-roza-y-quema contra las montañas sudoccidentales. Por el contrario, la India se desarrolló incorporando diversas poblaciones a las que asignó diferentes posiciones en la amplia urdimbre de las castas.

Los brahmanes proporcionaron una fuerza contrarrestadora de esta fragmentación recurrente. Cada unidad separada de terratenientes, arte-

sanos y siervos se mantenía unida por obra de los ritos locales y de los cultos de una "pequeña" tradición, basada en referencias a los textos sánscritos sagrados. Los grupos étnicos acéfalos podían llegar a formar parte de la red cultural más amplia mediante la certificación de sus jefes como guerreros, o dando en matrimonio a sus mujeres a brahmanes y mediante la adopción de prácticas rituales sánscritas; estos procesos todavía operan cuando los miembros de "tribus" se vuelven hindúes porque aceptan la jurisdicción de los brahmanes. (Las "tribus programadas" de habla austro-asiática de las serranías son precisamente aquellos grupos étnicos que se han negado, hasta la fecha, "a otorgar al brahmán [el sacerdote], en vez de a sus propios miembros, primacía como intérprete e instructor religioso" [Cohn, 1971: 19].) Fue cosa común que los brahmanes introdujeran nuevas técnicas agrícolas, por ejemplo, el cultivo por medio del arado, y también nuevas cosechas, y que proporcionaran vínculos con redes más amplias de mercados y de comercio. Reyes y aspirantes a gobernar invitaban a los brahmanes a establecerse en sus poblados, amén de que les daban tierras (Kosambi, 1969: 171-172).

Así pues, el dominio de los brahmanes y la duplicación del modelo de castas por entre distritos y aldeas rurales puede entenderse como una reacción a la descentralización ecológica y política. Al mismo tiempo proporcionó eslabones entre miembros de las castas superiores —sacerdotes, guerreros y comerciantes— y unió los segmentos de castas locales de estos estratos con agrupaciones locales de artesanos y dependientes. Fue, en palabras de Heesterman, "la solución del pobre al imperio" (1973: 107). Frederic Lehman ha sostenido que el modelo de castas sirvió para edificar servicios organizacionales y destrezas culturales en el seno de la estructura del campo de la India, y que contrarrestó prolongados periodos de desorden debidos a "largas interrupciones en la autoridad central efectiva" (1957: 151-152).

Esta estructura rural, basada en las castas, soportó siglos y siglos de embestidas de conquistadores extranjeros. Uno tras otro, contingentes de aspirantes a gobernantes caían sobre la llanura india procedentes de la faja de estepas situada al norte de las protectoras montañas, siguiendo siempre la ruta que llevaba de Balj (Bactras) al Pendjab, por entre estrechas gargantas. Los sakas y kushnan, del habla del Irán del este, de los tres primeros siglos d.c., fueron seguidos, en los siglos v y vi, por los ephtalitas mongol-turcos (Ye-Tai); uno de sus contingentes, los gujaras, se rezagó, pero con el tiempo llegaron a ser los rajputs (literalmente "hijos del Rey"). En el siglo xi los siguieron turcos persas (los ghaznavides), en el xii, afganos de Herat (los ghóridos), en el principio del xiii, una dinastía

de siervos ghóridos turcos y de invasores mongoles, a fines del xiv, turcos pérsicos de Timur, y en el xv llegaron los afganos.

En 1525, Babur, un descendiente de Timur, después de haber abandonado Transoxiana a sus vencedores los usbecos, se lanzó a la conquista de la India. Venciendo la oposición de afganos y rajputs hindúes, se estableció como el primero de una línea de gobernantes que unificarían la mayor parte del subcontinente indio y que lo gobernarían hasta la llegada de los ingleses. Esta dinastía mughal (mongol) no fue otra cosa que la última de una serie de élites que tuvieron su origen en la faja pastoral del Asia Central. Lejos de representar a la "India tradicional", que es como se les ha caracterizado, fundaron su recién ganado poder en constelaciones sociales más antiguas y más sólidas que las suyas.

### China

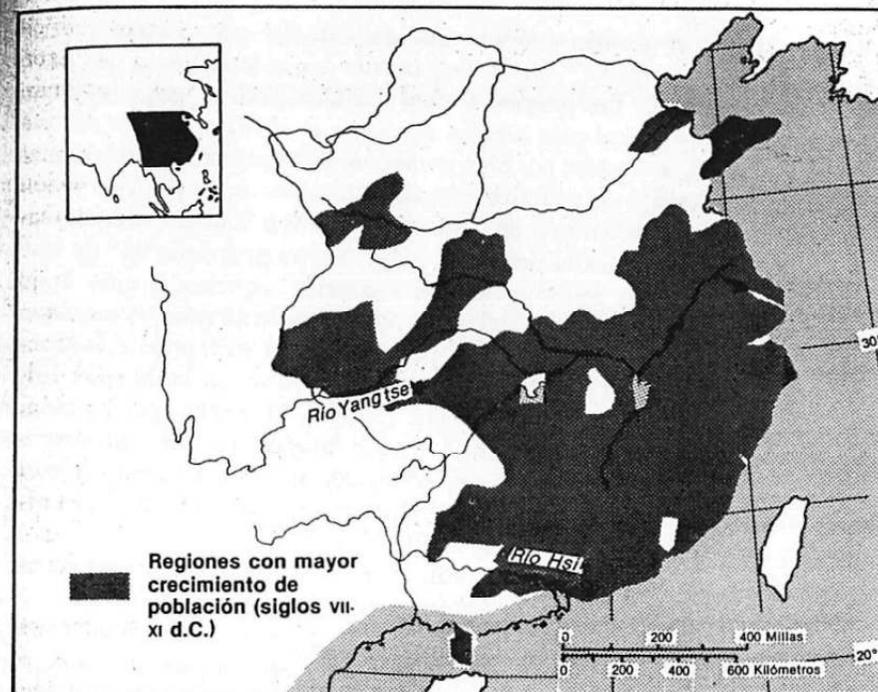
En China, en el extremo oriental del antiguo Camino de la Seda, nuestro viajero presenciaria otra fase importante de interacción continuada entre los nómadas del norte y los cultivadores establecidos al sur de la Gran Muralla. En los siglos anteriores, China había sufrido el repetido ataque de los "bárbaros" del norte. A principios del siglo xi, una élite de habla mongólica procedente de Jehol, los khitanos (liaos), ocuparon la parte de China situada al norte del río Hwai. Unos cuantos años después los khitanos fueron sustituidos por los jurchens tungúsicos que llegaron de la faja boscosa de lo que hoy en día es la provincia marítima de la Unión Soviética; estos jurchens llevaron la frontera de su reino a las riberas del Yang-Tse. Al terminar el siglo, los mongoles de Gengis Kan habían barrido a los jurchens del norte y a la dinastía Sung china que gobernaba al sur del Yang-Tse, y cruzando las montañas meridionales llegaban a las puertas de Bhamo en Birmania y de Hanoi en Vietnam. Sin embargo, muy pronto los príncipes mongoles se atacaron unos a los otros. Ya para 1370 el fundador chino de la dinastía Ming había logrado rechazar a los mongoles a la propia Mongolia, con lo cual puso fin al gobierno mongólico en China. El año 1400 fue testigo de este renacimiento de China bajo la dinastía Ming.

Aunque invadida repetidas veces por el norte, China constituyó una esfera cultural que tuvo como rasgo distintivo continuidades vigorosas; Hegel la llamó la tierra del principio recurrente. Una condición estratégica de esta continuidad fue la importancia de las obras hidráulicas en el funcionamiento del Estado chino, cosa que ha demostrado Karl Wittfogel. Estas obras hidráulicas eran básicamente de dos tipos: canales y zanjas



China, Provincia de Sechuán, siembra de arroz de riego. Fotografía de Bruno Barbey, 1900. (Barbey, Magnum)

de riego para llevar el agua a los campos, y grandes presas y compuertas para defender las regiones de cultivo contra las inundaciones. Como complemento hubo canales de transporte que permitían el movimiento de los granos sobre superficies muy extensas. Las primeras grandes obras hidráulicas de que se tiene memoria fueron construidas en el periodo de los Chou, ya en declinación (más o menos entre 500 y 250 a.c.), época en que los dominios políticos empezaron a competir fieramente entre sí. Las más importantes fueron los complejos hidráulicos que regaron la Llanura Chengtu en Sechuán (que servía a unos 9 000 km<sup>2</sup>) y el de la Llanura de Wei-pei de Shensi (que servía a unos 2 500 km<sup>2</sup>). Estos complejos son anteriores al surgimiento del imperio chino unificado bajo la dinastía Ch'in (221-207 a.c.), y quizá fueron elementos determinantes y básicos de su consolidación. Bajo esta dinastía comenzaron los canales de transporte, si bien su mayor expansión fue posterior, hacia el siglo VII d.c. La conservación y expansión de estas obras hidráulicas acabó siendo un trabajo de gran envergadura, quizá el de más fuste del Estado chino. El canalizar trabajo e impuestos hacia estos fines siguió siendo de primordial importancia, al grado de que se relaciona la declinación de las dinastías con su incapacidad para encauzar dinero hacia estas obras (Wang, 1936).



Regiones con mayor crecimiento de población (siglos VII-XI d.C.). Expansión han hacia el sur de China. (Adaptado de Elvin, 1973; cortesía del autor).

A partir del siglo VII la riqueza de China se acrecentó aún más merced a la colonización por medio de la agricultura de la región situada al sur del Yang-Tse. En el sur de Kiang-Su y Chekiang ocurrieron innovaciones significativas no nada más en cuanto al cultivo del arroz de riego y en la introducción y expansión de obras hidráulicas, sino también en el uso de utensilios y técnicas mejoradas para preparar el terreno y para usar abonos más intensivamente. El cultivo del arroz por riego se propagó hacia el sur; esta propagación la auspició la dinastía Sung, que ya había perdido el control de la región al norte del Yang-Tse, por lo que estaba muy interesada en aumentar la productividad del menguado territorio que le quedaba. Esta mayor producción llevó a una mayor población, que a su vez facilitó una mayor producción. Entre 606 y 742 la población del sur se duplicó y volvió a duplicarse entre 742 y 1078 (Elvin, 1973: 206, 208). En el proceso, los chinos (que se referían a sí mismos como hanes, para contrastarse con otros grupos étnicos) absorbieron poblaciones no-

hanes al sur del Yang-Tse a las que arrinconaron en zonas donde era difícil el cultivo intensivo del arroz. Así pues, los miao, que un tiempo vivieron en el Yang-Tse medio inferior, fueron acorralados en Yunnán, Sechuán y Kuei-Cheú; los yaos que vivían en las provincias montañosas de la costa oriental, fueron rechazados hasta su actual hábitat en Kuei-Cheú. En estas regiones donde no eran posibles ni el cultivo intensivo ni la organización burocrática china, predominaron los cacicazgos y la agricultura de tumba-roza-y-quema (Fried, 1952).

No debe pensarse que todos los sistemas de riego se construyeron bajo la tutela del Estado. Así, la mayor parte de las obras hidráulicas del bajo Yang-Tse fueron obra de opulentos terratenientes. Sin embargo, es razonable suponer que los requerimientos hidráulicos concretos de la agricultura china influyeron en el desarrollo de la burocracia china característica. Evidentemente, muchas de las obras emprendidas por el Estado, incluyendo en ellas el control de los complejos hidráulicos, rebasaron la capacidad de aristócratas o asociaciones regionales. Al crear una reserva de burócratas potenciales, el Estado se aseguró un abasto de funcionarios que pudieran llevar a cabo tareas de nivel estatal y contrapesar así la influencia centrífuga de los detentadores del poder local.

Es frecuente llamar mandarinato a esta burocracia; a los mandarines se les escogía entre la clase acomodada. Su título chino es *shen-shih*, o estudioso que lleva la banda. La banda indicaba desempeño de un cargo imperial y estudioso indicaba familiaridad con los clásicos chinos. El cargo público era teóricamente vitalicio pero no se podía dejar por herencia. Durante el tiempo del ejercicio del cargo, el funcionario estaba exento de impuestos y pecherías, quedaba fuera del control judicial de los magistrados y podía tomar parte en el ceremonial religioso imperial. El aprendizaje de la etiqueta y de la ideología se basaba en el estudio de los clásicos, en especial en los dichos y escritos de Kong-tse (Confucio), que predicó la observancia de las relaciones sociales apropiadas que corresponden al ideal del "caballero". Escritos en una época en que la aristocracia estaba cediendo poder a los pujantes comuneros, los textos confucianos retrataron una aristocracia de comportamiento, que también podía ser adoptada por comuneros de mérito y por nobles. Los hombres educados en este comportamiento se adherirían a costumbres sancionadas religiosamente (*li*), y resolverían los conflictos apoyándose en la costumbre más que en el derecho positivo, *fa*.

Aunque esta clase de servidores imperiales se remonta a los primeros emperadores Ch'in y tal vez antes, no destacó sino hasta los siglos VII a IX bajo el gobierno de los T'ang, que la usaron para contrarrestar el poder de los linajes nobles. Hacia el año 1000 los que llevaban la banda iban

camino de hacerse por su propio derecho del poder económico y político. Muchos llegaron a ser grandes y poderosos terratenientes que cultivaban sus fincas con el trabajo de siervos. Mediante el privilegio hereditario del *yin* transmitieron a sus descendientes sus exenciones de impuestos y sus oficinas burocráticas. Así como los aristócratas de periodos anteriores habían fortalecido su posición creando linajes basados en la prosapia, así también, los portadores de la banda empezaron a crear dominios poderosos de linaje gobernados por una élite de miembros afortunados. Estos linajes patriarcales controlaron casas señoriales, tierras y sepulturas ancestrales y decidían disputas internas. Defendían contra los extranjeros sus intereses comunes y mediante alianzas matrimoniales y vínculos políticos acrecentaban sus esferas de influencia. Estos linajes fueron particularmente prominentes en el sur de China, donde con frecuencia obraron como agentes de colonización. Lo cierto es que los linajes chinos más poderosos se remontan a los tiempos Sung, que fue el periodo estratégico de expansión agrícola al sur del río Yang-Tse (Hu, 1948: 12-13). Por eso no es de sorprender que los emperadores Ming y Ch'ing hayan dedicado gran parte de su esfuerzo, después de la restauración del gobierno chino a fines del siglo XIV, a contener y rechazar el poder independiente cada vez mayor de los portadores de la banda. Esto se intentó primeramente en tiempos Ming, para lo cual se revocó el privilegio *yin* y se instituyó la obligatoriedad del examen imperial para todos los solicitantes de puestos en la burocracia. Apenas en el siglo XVIII, los Ch'ing, es decir la dinastía manchú, trató de debilitar el control de la clase acomodada sobre la tierra mediante la liquidación de la servidumbre como institución.

Salta, pues, a la vista que los letrados portadores de la banda no eran ni una clase de reyes filósofos dedicados por entero a los elevados ideales encarnados por el Estado, ni una clase de terratenientes locales. Servían a instituciones intermedias que operaban en el nivel del Estado mediante arreglos locales y regionales. Inevitablemente su posición era contradictoria y estaba sujeta al cambio dependiendo de si el Estado o los intereses locales ganaban la mano.

Y así como cambió el papel y el carácter de la clase letrada portadora de la banda, así también cambió el papel y el carácter de la clase campesina. El Estado de Ch'in que por vez primera unificó a China en 221 a.c., también emitió legislación precursora que daba a los campesinos la propiedad de su tierra, a cambio de impuestos y pecherías y de servicio militar, todo ello pagado directamente al Estado, no a ningún noble intermediario (Wittfogel, 1931: 50-51; Lattimore, 1951: 441-442). Lattimore ha hecho ver que esto creó también una clase de hombres sin tierra, que constituían una reserva de mano de obra móvil siempre a disposición del

Estado (1951: 441-442). Esta política de ensanchamiento de los campesinos libres continuó bajo las dinastías Han, Sui y el comienzo de la T'ang, todas las cuales se atuvieron a una milicia de campesinos como espina dorsal del ejército. Fue cosa frecuente la confiscación de grandes fincas y la legislación que favoreciera una distribución más equitativa de la tierra.

Sin embargo, desde mediados del siglo VIII esta legislación cayó en desuso y proliferaron con rapidez las grandes fincas. Declinó la milicia campesina y terminaron las exenciones de impuestos al campo. De aquí que muchos campesinos buscaran defensa contra tales impuestos colocándose bajo un terrateniente o que vendieran sus tierras para poder pagarlos. Otros se convirtieron en siervos forzosos. Siempre hubo algo de esclavitud que abarcó un porcentaje muy bajo de la población (Wilbur, 1943: 174; Elvin, 1973: 74, n. 1). El trabajo obligado adoptó dos formas. Primera, hubo siervos-inquilinos obligados al servicio de una persona determinada; su situación se transmitía por herencia, y podían ser comprados y vendidos. En teoría sólo los portadores de la banda podían tener siervos, pero en la práctica los terratenientes sin banda adquirían siervos mediante la ficción legal de la adopción. Había, además, siervos que estaban ligados al terreno y que podían ser vendidos junto con la parcela que cultivaban. En 1400 la forma dominante de finca era la cultivada por trabajadores obligados (Balazs, 1964: 125; Elvin, 1973: 79-80). Fue mucho después, en el decenio de 1730, bajo el Ch'ing manchú, cuando finalmente se abolió la servidumbre. A lo largo de los siglos XVI y XVII declinó el rendimiento de la agricultura y aumentaron las oportunidades de hacer fortuna en otros terrenos, por cuya razón los terratenientes reubicaron sus inversiones. El resultado fue que aumentara otra vez la propiedad de la tierra en manos de campesinos, pero en circunstancias diferentes de aquellas que en las primeras dinastías chinas habían inducido la creación de un campesinado libre.

Hacia 1400 empezaron a cambiar las relaciones de China con el mundo exterior. En otros tiempos, vínculos de comercio y religión crearon eslabones entre el Celeste Imperio y sus vecinos. Bajo los T'ang (618-906 d.c.) hubo crecientes contactos con la India, en tanto que China abrió sus puertas a la influencia budista que le llegaba del sur. Bajo los Sung (960-1279 d.c.) hubo una gran expansión del comercio con los mares del sur. En tiempo de los mongoles (1280-1367 d.c.) China estableció contacto con el Occidente pues reabrió las antiguas sendas de la seda y recibió comerciantes mahometanos, cristianos y judíos. (El almirante chino Cheng-ho, que llevó la flota imperial al Océano Índico y a las costas de África, fue mahometano.) Por otra parte, los gobernantes mongoles pre-

firieron a los escribas y consejeros cristianos, uigures y nestorianos, lo cual disminuyó aún más el papel de los confucianos portadores de la banda.

Sin embargo, la expulsión de los mongoles en 1367 y el ascenso al poder de los Ming, invirtieron los procesos que estaban vinculando a China con el exterior. El país se dobló sobre sí mismo y cerró sus conexiones externas. Quizá esto se debió a la índole indigenista de los Ming, que buscaron un regreso a la raigambre china después de 400 años de invasión extranjera. Esta reacción fue favorecida por los portadores de la banda, cuya influencia había menguado durante los mongoles y que esperaban obtener ventajas si se invertía la política exterior. Era indudable que China sufría problemas económicos; la población cayó a un bajo después del pico alcanzado antes de las invasiones mongólicas. Quizá, como ha dicho Mark Elvin (1973: 298 ss.), la inversión fue resultado del comienzo de un estancamiento tecnológico que a su vez fue inducido por el hecho de que las técnicas y la organización habían alcanzado los límites de productividad máximos posibles antes de la Revolución industrial. Por otra parte, la nueva dinastía acentuó el esfuerzo por lograr la seguridad de las fronteras en el norte del país, por movilizar ejércitos enormes y por construir el Gran Canal que uniendo el norte con el sur servía para abastecer a las tropas. Esta estrategia destacó también el uso de vías de agua internas en detrimento de las costeras, que ahora sufrían el ataque de piratas japoneses y de sus colaboradores chinos. En otras palabras, la China Ming se enconchó y abandonó la innovación y la exploración en favor de la estabilidad. Sólo hasta el siglo XVII cambiaría esta situación. Una coalición de clanes jurchens tunguses provenientes de Manchuria se valdría de la ayuda mongólica y de la colaboración china para establecer el régimen manchú, o sea, la última dinastía imperial, la Ch'ing.

#### *Asia Sudoriental*

En el punto en que convergen el Océano Índico y los Mares de China se encuentran las penínsulas e islas del Sudeste de Asia, uno de los sitios de intersección de las esferas culturales india y china; en 1400 la región mostraba ambas influencias, las cuales se habían sobrepuesto a una base cultural más antigua basada en el cultivo de tumba-roza-y-quema o en el cultivo esporádico de arroz seco, no de riego. Este cultivo sigue practicándose en los pueblos montañoses de la tierra firme de esta región y por grupos "tribales" de las Islas Externas de Indonesia, y alimenta a sus comunidades, emparentadas y jerarquizadas genealógicamente. Nuestro viajero habrá visto estos labriegos *ladangs* lado a lado de los colonos que

introdujeron el cultivo de arroz por riego y las formas culturales indias o chinas, allá por los comienzos de la era cristiana.

La influencia india en la región fue anterior a la influencia china. Sus portadores fueron con toda probabilidad mercaderes indios, que llegaron acompañados por brahmanes que, con sus facultades rituales, enlistaron a los jefes locales en la casta de los gobernantes, o kshatriyas. Confiriendo estas facultades rituales, crearon una infraestructura política de un modo muy similar a como lo habían hecho en el propio subcontinente asiático.

Entre el 200 a.c. y el 200 d.c. estos grupos colonizadores se establecieron en la tierra firme del Asia Sudoriental, así como en las grandes islas de Sumatra y Java. Gradualmente se convirtieron en élites poderosas, centradas en cortes reales, con grandes recursos provenientes del cultivo intensivo del arroz o del comercio. La forma de esta corte real fue muy similar en donde quiera. Al centro estaba un dios-rey divino que habitaba en un palacio que era a la vez templo y reducto. Vinculados al palacio estaban los criados armados del rey, su parentela, artesanos y especialistas del rito. La corte era a la vez el ápice del poder y el centro simbólico del universo. Más allá de la corte estaba un mundo de vasallos y aliados, que aportaban los recursos que permitían al centro premiar a sus seguidores y fortalecer su base de apoyo. Los excedentes se acrecentaban mediante la construcción de obras hidráulicas, el trabajo forzado o gratuito pero obligatorio y la colonización. Parte considerable de estos excedentes adicionales se invertía en la construcción de complejos con grandes templos para reforzar la conexión cósmica entre el poder real y el sobrenatural; ejemplos fueron el Borobudur en el centro de Java (siglo VIII) y las capitales de Angkor Thom y Angkor Vat en Camboya (siglos IX y XII). A pesar de estos empeños por vigorizar el poder real, y quizá por los desembolsos cuantiosos que significaban, fueron comunes en estos Estados la inestabilidad y la desintegración debidas a rivalidades dinásticas, a rebeliones de los señores locales y a la declinación del poder real.

El sociólogo holandés J. C. van Leur ha contrastado estos Estados de tierra adentro con lo que ha llamado "principados de bahía", que son puertos comerciales situados en litorales y en desembocaduras de ríos, que no dependían del riego, ni del trabajo obligado, sino del comercio. Parte de su comida provenía de fincas cercanas trabajadas por esclavos; el resto procedía de los campos de tumba-roza-y-quema de la población "tribal" que proporcionaban cosechas al emporio comercial mediante los oficios de sus jefes, que eran vasallos del rey del mar. En estos principados los comerciantes tenían a su cargo un papel estratégico. En su mayoría eran extranjeros, que se establecían en barrios separados de acuerdo a su origen étnico; cada uno tenía un vocero que lo representaba en cuestiones

políticas y comerciales. Aunque hubo comerciantes que cobraron influencia en los círculos cortesanos, no llegaron a constituir una clase independiente, debido quizá a su origen extranjero y a su cosmopolitismo. Se mantenían sujetos al príncipe y a su séquito, y modelaban su comportamiento con base en el de la comitiva real.

La realidad fue casi siempre más compleja y lo híbrido más abundante que los tipos ideales dicótomos de Van Leur. Cuando menos dos veces, reinos de "tierra adentro" y principados de bahías acabaron constituyendo estructuras mayores que abarcaron a los dos. Uno de estos casos fue el del Estado de Sriviyaya, que entre los siglos VII y X se expandió a partir de Palembang en el este de Sumatra, y que controlaba la ruta comercial clave de los Estrechos de Malaca. Potencia marítima indudable, Sriviyaya ocupó Sumatra y buena parte de Java, y en el siglo VIII colocó un miembro de su dinastía real en el trono Khmer de Camboya. Un segundo ejemplo fue, en el siglo XIV, el Estado de Madjapahit, cuyo centro se hallaba en el este de Java. Aunque por su estructura era un reino de tierra adentro, tenía un comercio copioso con China, la India y la tierra firme de Asia Sudoriental. Con el tiempo ocupó Java, Sumatra, la península malaya meridional, Borneo y gran parte de Filipinas. En 1400 Madjapahit se hallaba en plena decadencia debido a reyertas dinásticas y a rebeliones populares contra sus exacciones, cosas que fueron características de los Estados de tierra adentro. Al mismo tiempo, sus intereses marítimos se vieron limitados por las incursiones chinas en aguas meridionales, y, más significativamente, por la creciente influencia del Islam en el mundo comercial del Océano Índico y del Mar de China. A la desintegración del Madjapahit hindú-budista la acompañó la rápida conversión al Islam de comerciantes y gobernantes en todos los principados costeros del Asia Sudoriental.

En 1400 iba para arriba la ciudad de Malaca. La había fundado en 1380 una banda de piratas de Sumatra dirigidos por un príncipe de Sriviyaya, que se habían rebelado contra Madjapahit. Al finalizar el siglo, el príncipe se convirtió al Islam, con lo cual atrajo a Malaca a la rica comunidad comercial musulmana de Pasai en Sumatra. Sus compañeros fueron funcionarios del nuevo emporio; de entre ellos salía el líder guerrero, el recaudador de aduanas y el cargo conjunto de tesorero, magistrado en jefe y maestro de las ceremonias reales. En la ciudad hubo cuatro grandes comunidades comerciales, cada una a cargo de un representante: gujaratis, kalingas, bengalíes, los comerciantes del archipiélago, y los chinos. Un siglo después el portugués Tomé Pires, al escribir sobre Malaca le calculó una población de 40 000 a 50 000 habitantes, con 61 "naciones" representadas en su comercio. Era, dijo, de "tal importancia y ventaja

que me parece que no había otro igual en el mundo. Quien sea el amo de Malaca tendrá puestas las manos en la garganta de Venecia".

El Islam proporcionó un vínculo ideológico a la medida entre los emporios comerciales musulmanes que abarcaba desde los puertos del Océano Índico a las Islas Sulu de las Filipinas. Predicadores sufíes errabundos llevaron el mensaje al interior del país, donde el misticismo islámico formó una mezcla sincrética con las creencias en fuerzas personalizadas que abundaban entre la población. Pero sobre todo, el Islam dio legitimidad ideológica a los nuevos príncipes de bahías o jefes piratas, los cuales, como sultanes musulmanes, podían obrar como "sombras de Dios en la tierra". La conversión religiosa de los puertos reabrió, de un modo nuevo, el antagonismo entre los Estados del interior y los principados de las bahías, aunque en esta ocasión la ventaja estuvo claramente del lado de los amos del comercio. Con el tiempo, el Islam acabaría dominando las tierras del interior. Sólo en Bali un grupo de refugiados hindú-budistas mantendría intacto el viejo culto ideológico del mundo-*isla*.

#### EL NUEVO MUNDO

Respecto a los viajes en el Nuevo Mundo no hubo un Ibn Batuta, un Marco Polo ni un Cheng-ho que nos dejara un relato de sus viajes. Sin embargo, es posible emplear datos arqueológicos, lingüísticos y etnohistóricos para reconstruir lo que un viajero pudo haber visto en las Américas en 1400 d.c.

Tales datos muestran como muy probables las interconexiones de diferentes regiones culturales del Hemisferio Occidental, y, en algunos casos, punto menos que ciertas. Los arqueólogos nos hablan de regiones que muestran marcados parecidos internos diciendo que son "regiones de interacción", diciendo además que la amplia difusión de utensilios, formas arquitectónicas y estilos artísticos similares dentro de las regiones son indicadores de probables contactos, y, consecuentemente, de relaciones sociales. En 1400 había dos órbitas de interacción de "alto contorno", según expresión feliz del arqueólogo Gordon Willey. Estas dos regiones se caracterizan, arqueológicamente, por restos de un cultivo intensivo, inclusive riego; establecimientos grandes y densamente poblados, inclusive ciudades edificadas alrededor de impresionantes obras de arquitectura, digamos templos o palacios; productos artesanales, como alfarería o tejidos, destinados sin la menor duda a las élites pudientes; y abundantes evidencias de una superestructura ideológica por medio de la cual se manifestaban a la población en general las metas de estas órbitas regidas por

élites. Una región así de interacción de alto contorno fueron los Andes Centrales, en lo que hoy día son Perú y Bolivia. Esta región formaría, en el curso del siglo xv, el corazón del Imperio inca, si bien en 1400 los incas eran todavía un grupo de advenedizos rústicos que ocupaban una pequeña entidad política cuya capital era la elevada población de Cuzco. La otra región era Mesoamérica, situada en las mesetas de lo que hoy día son México y Guatemala y en las tierras bajas adyacentes. Era la región que a la llegada de los conquistadores españoles habitaban los aztecas y los mayas. Sin embargo, en 1400, nuestro viajero apenas habría advertido a los aztecas, que por entonces eran un grupo secundón de mercenarios al servicio de un Estado mayor, en tanto que los mayas estaban enfrascados en luchas internas entre élites epigonales que disputaban la herencia de un pasado más glorioso.

#### América del Sur

El territorio estratégico de la América del Sur en que ocurrió la intensificación de la agricultura y el surgimiento de sistemas políticos abovedados fue la faja montañosa que se extiende a lo largo del flanco occidental del continente. Los Andes son unas largas cadenas montañosas, cuyos picos se elevan entre 4 500 y 6 000 metros sobre cuencas altas y llanuras, que es donde ha habitado el hombre. Desde esta cordillera occidental las montañas descienden hasta el litoral del Pacífico y forman una banda estrecha y desértica, que a intervalos cruzan pequeños valles fluviales que van desde las laderas montañosas al mar. Tanto el desierto como las laderas han estado bajo cultivo durante milenios; el desierto por medio de canales de riego y las laderas mediante la construcción de vertederos y bancales.

Es característico de la región andina que el litoral, el *piedmont*, las mesetas del altiplano y la estepa de tundra (*puna*) signifiquen diversos medios y recursos y que, por consiguiente, requieran y permitan diferentes actividades humanas. En el litoral es posible cosechar algodón en oasis favorecidos o recoger abono de aves que sirve como fertilizante. El *piedmont* produce maíz y pimientos, en tanto que en las mesetas se dan papas y un quenopodio, la quinoa. En la *puna* de los pastores apacentaban llamas de las que obtenían carne y lana, y también recogían sal. En la vertiente oriental de la cordillera se daba la coca y en los bosques se colectaban miel, madera, plumas y otros productos. Al mismo tiempo, las actividades de diferentes zonas se entrecruzaban; por ejemplo, los límites impuestos por la altura a las cosechas se elevaban abonando las tierras con el estiér-

col de las llamas. Excavar estanques y construir diques para el escurrimiento además de ayudar a la agricultura aumentó el abasto de agua para las cosechas de forrajes, gracias a lo cual la ganadería llegó a latitudes más altas (Orlove, 1977). Se ha dicho (Murra, 1972) que esta cercanía de los niveles y su interacción volvió más fructíferas la organización social y las actividades productivas. Esto orilló a las poblaciones andinas en todos los niveles de complejidad social —caserío, villorrio, región, reino, imperio—, a tratar de controlar la gama más amplia posible de zonas ecológicas en elevaciones diferentes. Además, favoreció la concentración sistemática de los recursos de estas zonas bajo una autoridad que luego los reasignaba entre las zonas. Esto, ha dicho Murra, explica la tendencia andina a organizar sistemas de intercambio mediante la reciprocidad y la distribución en vez de mediante intercambios abiertos de particulares y mercados. En comparación con otras regiones del mundo con sistemas de cultivo intensivo y sistemas estatales, donde los recursos se intercambiaban en mercados, los Andes mostraron tendencia a canalizar el movimiento de mercancía a través de las manos de representantes de grupos políticos organizados jerárquicamente.

A la llegada de los españoles todo el territorio comprendido entre el norte de Manta en Ecuador y el río Maulé en Chile se hallaba bajo el dominio inca, si bien en 1400 su expansión apenas había comenzado. Ciertamente, el periodo que precedió al dominio inca, entre 1000 y 1476 d.c., fue un periodo de fragmentación política. Los arqueólogos lo clasifican como el Intermedio Tardío, porque ocurrió entre un periodo anterior de unificación y la posterior unidad inca. Entre 800 y 1200 hubo un esfuerzo en favor de la consolidación política. Los sitios arqueológicos muestran dos estilos de arte muy separados entre sí, cada uno de los cuales se puede asignar a una ciudad: Tiahuanaco en la cuenca meridional del Lago Titicaca y Wari en el Valle de Ayacucho de los Andes Centrales. Los motivos tiahuanacos, por ejemplo, "el dios de la puerta" con boca de jaguar y tocado con rayos de serpientes (prototipo del dios inca Viracocha) y un dios felino, predominan en la cuenca del Titicaca y hacia el sur, hasta la región de Cochabamba, hasta Atacama, el borde árido meridional. Willey ha sugerido que este estilo lo llevaron verdaderos colonizadores, quizá élites colonizadoras. La ciudad septentrional de Wari estaba en la cuenca del río Mantaro. Es probable que su crecimiento inicial haya sido estimulado por Tiahuanaco. Su esfera de influencia se señaló especialmente por una alfarería policroma que llevaba los emblemas de animales y figuras mitológicas tiahuanacas. Es probable que este estilo lo llevaran élites dominantes que se establecieron en centros locales políticos y religiosos que abarcaban de la cuenca del Urubamba al medio

Marañón, y, en la costa, de Ocono a Chicama. Posteriores establecimientos waris comprendieron compuestos planeados; esta pauta se derivó probablemente del litoral y es quizá una muestra temprana de las pautas de planeación que caracterizaron a los gobiernos andinos posteriores. Esta planeación exigió la distribución de alimentos a partir de almacenes controlados por el Estado sobre una base territorial, así como la colocación de estaciones de control a lo largo de las carreteras y en la vecindad de establecimientos importantes.

Hacia 1250 d.c. estos dos grandes sistemas políticos se habían descompuesto en varios sistemas de gobierno. Varios Estados pelearon el control de las tierras altas. Otros dominaron porciones de la costa; de éstos, el más importante fue Chimú, que gobernó la costa septentrional, desde Chira hasta Supe. Su capital, Chanchan, estaba en el Valle de Moche; con una superficie de unos 15 km<sup>2</sup>, estaba dividida en diez cuadrángulos amurallados, cada uno con estructuras residenciales, patios, depósitos subterráneos y tumbas. Más allá de este centro dominante había poblados administrativos provinciales y muchos caseríos. Hay vestigios de amplias fortificaciones en todo Chimú; un gran sistema de canales que abarcaba muchos valles daba agua a los fortines y a los centros. El comercio se realizaba por grandes caminos que además servían para mantener el control político sobre diversos valles. Es probable que este gobierno chimú haya proporcionado o transmitido algunas de las formas de control que luego utilizarían los incas.

En 1400 los incas formaban un pequeño Estado en la porción superior de la cuenca del Urubamba; por esos años la dinastía inca habría tenido unos 200 años de antigüedad. Fue con el noveno gobernante dinástico, Pachacuti Inca Yupanqui (1438-1471), cuando dio comienzo la expansión inca. Como punta de lanza de la expansión inca iría un ejército profesional; lo conquistado se consolidaba mediante la construcción de caminos y de puestos de control.

Podemos describir a la sociedad inca durante su fase de crecimiento imperial como una jerarquía organizada en el seno de la dinastía inca semidivina, depositaria de la religión del Estado; una aristocracia compuesta de los parientes de la dinastía, así como de gobernantes locales sometidos a la autoridad inca; una categoría de hombres de la localidad de cierto rango colocados a la cabeza de los grupos terratenientes, endógamos y de ascendencia patrilineal (*ayllus*); y los propios miembros de los grupos ascendentes. Los hombres pagaban tributos trabajando en las obras públicas, en la agricultura o en el servicio militar. Las mujeres pasaban buena parte de su tiempo tejiendo, y las telas que producían se concentraban en almacenes incas y servían para premiar a súbditos fieles;



Guerra, ilustrada en alfarería pintada, estilo moche, Costa Norte de Perú, hacia 400 d.c. (Cortesía de Christopher Donnan, Museo de Historia Cultural, Los Angeles)



La región andina

estas telas tejidas tenían gran valor ceremonial y se otorgaban mediante un ritual extraordinario. El Estado tomaba a su cargo la colonización de nuevas tierras agrícolas, especialmente en lugares situados al pie de las cordilleras, que eran apropiados para el cultivo del maíz. El Estado mantenía también obras de riego y carreteras y un extraordinario sistema postal, que por medio de corredores enviaba velozmente mensajes de un extremo a otro del reino. A todo aquel que se sometía pacíficamente a las demandas incas se le daba un lugar dentro de esta distribución de cosas, jerárquica y bien organizada; pero el negarse a este sometimiento llevaba a la guerra; a los grupos rebeldes se les reubicaba lejos de sus lugares de origen.

Al norte del Perú, los Andes se prolongan hacia el interior del Ecuador y luego descienden hacia los litorales, como cadenas montañosas que se ramifican. En Ecuador, las cuencas altas no son ni tan grandes ni tan productivas como las del Perú, pero su clima recuerda el de los Andes Centrales; sus principales productos eran la papa andina y la quinoa. Sin embargo, más al norte, donde las montañas penetran el subtropico y el trópico, la principal cosecha era el maíz. Esta zona se caracteriza por una gran variabilidad de microclimas locales que se explotaban de muchos modos, por ejemplo, tumba-roza-y-quema, selección de cultivo, terrazas y riego por canales. En todo caso, la escala de estas actividades fue siempre limitada y circunscrita por el medio.

Este borde septentrional de la tierra interna andina se caracterizó por la presencia de dominios políticos de pequeña escala sometidos a gobernantes locales, o por federaciones de dominio, así sometidos a un gobierno más amplio. En el sur de Ecuador la más importante de estas federaciones fue la de los canari. Hacia 1450 los incas los sometieron sin gran trabajo, pero sesenta años después se aliarían con los españoles para sacudirse el

yugo inca. En el norte de Ecuador, la federación cara se organizó en jefes hereditarios y ofreció más resistencia a los incas.

En el litoral ecuatoriano se creó una liga de poblaciones marítimas en Manta, bajo un soberano único. Aquí, el cultivo intensivo de las colinas escalonadas así como un comercio amplio sostuvieron una población numerosa. Los habitantes de Manta fueron navegantes excelentes que construían balsas de troncos y que probablemente tuvieron relaciones de tipo comercial con el área de Mesoamérica. La escala del comercio de esta región puede colegirse del hecho de que los españoles capturaron, poco después de su llegada, una gran balsa de madera equipada con velas y cabina, tripulada por veinte hombres y cargada con treinta toneladas de mercancía de lujo.

En Colombia, más al norte, las entidades gubernamentales más importantes fueron las de los chibchas y taironas. Los chibchas ocupaban cuencas altas en lo que hoy son Cundinamarca y Boyacá. Hubo dos grandes Estados chibchas, regidos por gobernantes a los que se llamó zipas y zaques, y varias entidades políticas menores. A la hora de la conquista española dominaban los zipas, pues habían consolidado su imperio desde el siglo xv contra varios rivales y establecido superioridad sobre los zaques desde principios del siglo xvi. El dominio zipa, que controlaba una población de entre 120 000 y 160 000 individuos (Villamarín y Villamarín, 1979: 31), estaba organizado jerárquicamente. Grupos de casas formaban capitánías, que a su vez constituían comunidades semiautónomas leales al zipa. La capital zipa se ha identificado con un gran sitio cerca de la actual Funza; se cree que fue un poblado muy concentrado de templos, palacios, almacenes y residencias de techos de palma. Económicamente, el Estado dependía de la producción de maíz, papas y quinoa que se cultivaban en campos alomados y en colinas escalonadas. La aristocracia que regía al Estado sacaba tributos de la población de comuneros, en especie y en trabajo, y cambiaba productos y textiles con las tierras bajas por el oro que necesitaba en sus ritos y para otros fines. Hay pruebas de que la élite chibcha ejerció una amplia hegemonía cultural mediante el desarrollo de un culto religioso basado en la adquisición privilegiada de saber sobrenatural esotérico.

Los taironas vivieron al norte de los chibchas en la Sierra Nevada de Santa Marta, que es un macizo montañoso cercano al Mar Caribe. Se cree que su organización política fue similar a la de los chibchas, pues sus varias comunidades semiautónomas constituían un dominio bajo un gobernante supremo. Estos gobernantes vivían en grandes centros, de los cuales el sitio Buritaca 200 es un buen ejemplo; estuvo ocupado entre 1360 y 1635; ocupa unas cuatrocientas hectáreas a lo largo del borde de la

empinada Montaña Corea sobre la pendiente septentrional de la sierra. El centro comprende construcciones muy trabajadas de escalinatas, diques, caminos, muros de contención y terrazas que se encuentran en lugares diversificados para uso residencial, para trabajo, funciones públicas y ritos religiosos. El cultivo intensivo de las colinas escalonadas, que empleaba el riego y la rotación de los cultivos, proporcionaba la subsistencia básica de maíz, frijol, mandioca, batatas (camotes) y chile. Excavaciones en entierros han revelado alfarería fina y trabajos en oro.

Los chibchas, taironas y otras poblaciones de Colombia tuvieron un guerrear incesante, que además de tener un carácter ceremonial fue un medio de conseguir una buena posición relativa, amén de que también tuvo funciones económicas. Reichel-Dolmatoff ha observado que todas aquellas poblaciones de Colombia que habitaban regiones con baja precipitación pluvial que producían sólo una cosecha de maíz al año, buscaban invadir territorios más fértiles, con dos o tres cosechas anuales, con lo cual hacían de la línea isohigrométrica de 200 cm, "una frontera militar *de facto*" (1961: 86). La guerra proporcionaba también esclavos para trabajar los campos y para el servicio doméstico, para sacrificarlos y para canibalismo culinario.

En otras regiones fue común la pauta conforme a la cual se organizaron las comunidades locales con sus propios jefes en Estados mayores: las tierras bajas del Caribe, las islas de las Grandes Antillas y la Llanura Mojos en el sur de Bolivia. En las tierras bajas de Venezuela y en las islas del Caribe, estos dominios se edificaron sobre el cultivo del maíz y de la mandioca amarga, junto con los recursos marítimos. Los Estados de la Llanura Mojos cultivaron la mandioca dulce y el maíz en las sabanas colindantes con ríos, que delimitaron a fin de evitar inundaciones. Esta región estuvo en contacto con las mesetas andinas. Sabemos, por ejemplo, que los comerciantes mojos iban hasta el país de Aymara para cambiar plumas y telas de algodón por adornos e instrumentos de metal. Por esta ruta, los metales preciosos y el cobre de los Andes llegaron hasta la porción superior del río Paraguay, donde los conquistadores se enteraron de la existencia de un fabuloso reino situado al oeste, el Reino del Gran Mojo. La joyería inca de oro llegó también al río Ucayali como parte del comercio entre grupos de la montaña tropical.

Al este de los Andes se halla la pluviosa selva tropical del interior de la América del Sur, que fue poblada en gran medida por cultivadores de tumba-roza-y-queema que producían mandioca amarga (venenosa) y que obtenían proteínas por medio de la pesca y la caza. En general, esta población se organizó en grandes unidades corresidentes, que se hacían de miembros por medio de reglas de exogamia y de residencia posmarital. De este

modo la red de relaciones de parentesco se extendió a través de los grupos locales. Los líderes emprendían guerras, redistribuían comida y otros bienes y ayudaban en la solución de conflictos mediante el empleo del consenso. Con todo, carecían de un aparato institucionalizado para imponer sanciones. Las relaciones entre humanos y no humanos, codificadas en mitos, eran conceptualizadas como relaciones entre varias clases de fuerzas, que a su vez estaban controladas por chamanes que entraban en contacto con lo sobrenatural merced al uso de alucinógenos. A partir de la llegada de los europeos, las poblaciones de los bosques tropicales menguaban considerablemente por razón de enfermedades, correrías para atrapar esclavos, extracción de excedentes y genocidio descarado; por ello es muy probable que en 1400 hayan sido mucho más numerosos que en tiempos históricos.

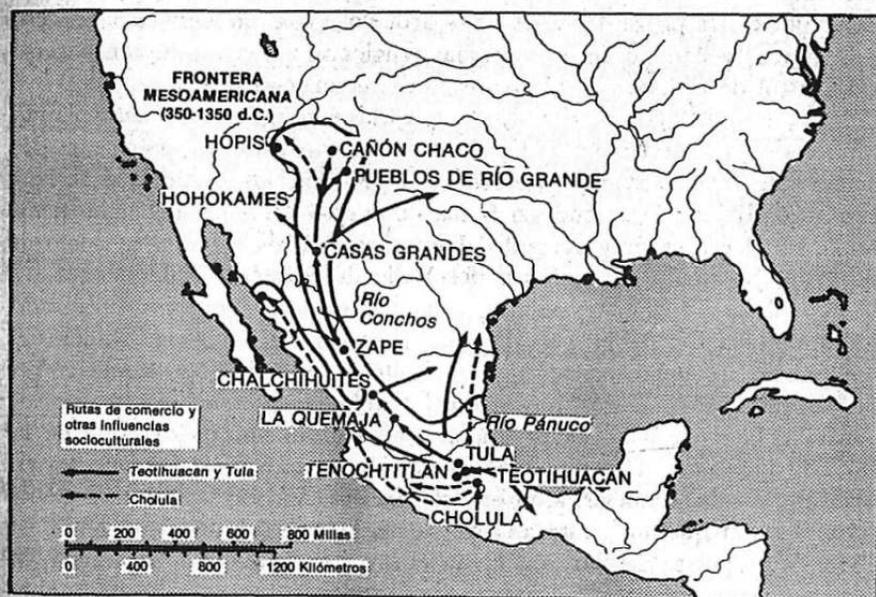
Hubo, al parecer, conexiones importantes entre los pueblos del bosque tropical y los de los Andes. Es probable que el bosque tropical haya sido la fuente de varios productos cultivados con éxito en la árida costa del Pacífico, por ejemplo, el boniato, la mandioca dulce y los cacahuates. A todo lo largo de la historia andina se intercambiaron los productos de las laderas orientales: productos tales como coco, plumas, pieles de jaguar, veneno para peces, y medicinas, eran cambiados por productos y artesanías de la meseta. Los incas no pudieron subyugar a las poblaciones de los bosques tropicales. Falló una guerra contra los jíbaros cazadores de cabezas, cuyo territorio era rico en placeres de oro. Igualmente, el empuje inca hacia el sudeste, hacia las tierras bajas, fue detenido en la región ocupada por los mosetenes.

Al sur de los Andes Centrales, en la faja árida del norte de Chile y Argentina, hubo pautas culturales de la meseta, primero en tiempos de los tiahuanacos y luego en tiempos de los incas. Se propagó la ganadería de las llamas y las cosechas se cultivaron en terrazas y en lugares con riego. Los atacameños cobraron fama por la amplitud de su comercio, gracias al cual se intercambiaban productos del litoral, tales como pescado y sal, por mercancías del altiplano, como tabaco y lana de llamas. Los diaguitas fueron famosos por su metalurgia, pero en su expansión en el territorio diaguita y también en el territorio de los picunches, más al sur, los incas buscaron metales preciosos: oro, plata y cobre. Los incas incorporaron a su imperio a los picunches de habla araucana, en tanto que los mapuches y huilliches del sur, también de habla araucana, resultaron inconquistables. Estos pueblos, cultivadores de papas y criadores de llamas, estaban organizados en linajes locales autónomos federados con soltura bajo el mando de jefes guerreros. En los húmedos bosques de hayas y cedros del sur del río Bío-Bío, llegaban a su término meridional las pautas eco-

lógicas y políticas andinas; a partir de aquí fallaron los empeños incas por avanzar más al sur.

### Mesoamérica

En Mesoamérica, nuestro observador del año 1400 encontraría una escena de una fragmentación política mayor que la de la región andina. En el siglo I d.c., Teotihuacan, un gran centro de autoridad en el Valle de México, estableció su hegemonía sobre una amplia región que por el sur llegaba cuando menos a Kaminaljuyú, cerca de donde hoy está la ciudad de Guatemala, y Tikal, en el corazón del boscoso Petén. En su apogeo, la ciudad de Teotihuacan albergaba en su precinto entre 150 000 y 200 000 personas; las áreas circunvecinas habían quedado casi despobladas. La tecnología agrícola que era su fundamento incluía con toda probabilidad riego por canales y avenamiento intensivo de las cercanas riberas lacustres aluviales. La ciudad controlaba grandes canteras de obsidiana y tenía innumerables talleres que producían utensilios de este material. Sin em-



Mesoamérica. (Adaptado de Weigand, 1978; cortesía del autor)

bargo, hacia 700 d.c. se había desintegrado ya el extensísimo sistema teotihuacano.

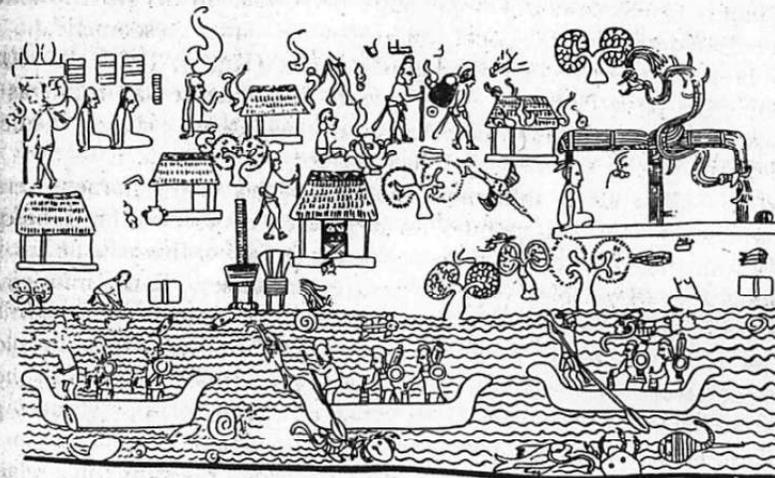
No se han comprendido bien las causas de este colapso. Se cree que los mecanismos políticos y religiosos del control de la población fallaron cuando la productividad agrícola alcanzó un límite crítico de expansión. De ahí en adelante la gente volvió a sus áreas rurales en números cada vez más grandes y se estableció en lugares cercanos a sus campos de cultivo; parece ser que al mismo tiempo se produjo una falla generalizada del sistema de comercio. Esto lo sugiere un movimiento centrífugo de bandas guerreras hacia el norte, en busca de la fuente de turquesas, y hacia el sur con rumbo a las tierras de plumas preciosas, de oro y de granos de cacao, que por ese entonces eran el medio fundamental del intercambio monetario.

La caída de Teotihuacan trajo consigo la declinación de las ciudades mayas de los bosques tropicales del Petén. Quizá también encontraron un límite crítico a la expansión de su avenida agricultura de campo. Es posible, asimismo, que hayan concentrado en exceso la población de los complejos urbanos. O, como Rathje ha sugerido, quizá los productores de obsidiana y de basalto de la periferia de la región maya se decidieron a dejar de ser los proveedores de estos artículos (que no había en los centros mayas) a cambio de indulgencias religiosas; tal vez quisieron hacerse del control de las redes de intercambio de mercancías preciosas.

Después de la caída de Teotihuacan, varias élites guerreras, enarbolando símbolos varios de legitimidad política, se apropiaron del patrimonio de la ciudad. Tales Estados sucesores se disputaron los despojos y se lanzaron en diversas direcciones en busca de nuevos horizontes. Por un tiempo breve el centro de gravedad del interior de Mesoamérica se mudó al norte, al parecer a Tula, fuera del Valle de México. Tula llegó a ser la capital de un dominio tolteca, que más que un "imperio" integrado fue un epicentro de grupos de guerreros, comerciantes, cultivadores y sacerdotes que empleaban el nombre tolteca y sus símbolos como cartas de conquista y colonización. Algunos grupos emigraron muy al norte y con ellos llevaron la agricultura a la región árida situada al norte de la meseta mexicana. Se cree que los colonos o comerciantes toltecas, en su búsqueda de turquesas, alumbre, sal, incienso y cobre en bruto llegaron hasta el lugar que hoy ocupa el suroeste de Estados Unidos.

Otros grupos se desplazaron hacia el sur y conquistaron Nicaragua, la meseta de Guatemala y Yucatán. En este último lugar, una banda guerrera de putunes que hablaban chontal y procedían de la parte baja de Tabasco, se hizo del control del territorio en el siglo XII y estableció su capital en Chichén Itzá. Quizá todo esto no haya sido otra cosa que un in-

tento por dominar el comercio de sal, telas de algodón, miel, incienso de copal y esclavos de Tabasco que se enviaban a Honduras, llevando en el viaje de regreso cacao, oro, jade y obsidiana de la América Central. Parece que estos putunes se aliaron en Tula con los toltecas del altiplano. Cuando después de 1200 declinó Tula, también se eclipsó el Chichén-Itzá controlado por los putunes. Un grupo putún se mudó a un nuevo centro, el de Mayapán, y ahí permaneció hasta que esta ciudad se desplomó también a mediados del siglo XV y dio origen a una multitud de minúsculos Estados guerreros.



*Mural del Templo de los Guerreros, Chichén Itzá, Yucatán, hacia 1200 d.C., que representa guerreros en botes, aldeanos llevando su vida diaria y un ofertorio (arriba a la derecha). (Cortesía del Museo Norteamericano de Historia Natural, Nueva York)*

En el mismo Valle de México, el centro mesoamericano, nuestro visitante habría presenciado conflictos y luchas entre cinco Estados diferentes, cada uno dominado por una élite independiente. Azcapotzalco, una de estas ciudades-Estados, gobernada por un grupo tepaneca de habla otomí, iba haciéndose de más y más poder. Sin embargo, es muy poco probable que alguien hubiera predicho en esos días la destrucción de esta ciudad, treinta años después, a manos de los aztecas (o colhuas-mexicas, como se les llama con más propiedad), que por entonces no eran más que una banda de mercenarios al servicio de los tepanecas.

*América del Norte*

Con posterioridad al año 1000, dos corrientes de influencia mesoamericana penetraron en la América del Norte. Una de ellas, tal vez llevada por colonos y mercaderes "toltecas", penetró en el seco sureste de Estados Unidos. Ahí, los recién llegados influyeron sobre los hohokames, que vivían en tierras de riego situadas en la cuenca del río Gila, y sobre los anasazis de la meseta del Colorado, famosos por sus complejos de muchas casas basados en cultivos intensivos por riego y terrazas. La mayor parte del arte ceremonial del suroeste norteamericano se deriva del fin del periodo tolteca (hacia 1300 d.c.) y parece ser una fusión del culto mesoamericano del dios de la lluvia con tradiciones religiosas locales (Kelley, 1966: 107-108). Sin embargo, poco después se contrajeron fuertemente las fronteras de la vida sedentaria, a medida que la cada vez más intensa aridez y la guerra dificultaban ocupar terrenos agrícolas marginales.

A la extensión de la influencia mesoamericana en el noroeste, en el interior del desierto, correspondió un avance en el noreste, hacia bosques tibios y húmedos y embalses fluviales cerca de la confluencia de los ríos Misisipí, Missouri y Ohio. A la cultura resultante se le llamó misisipiana. A diferencia de lo ocurrido en el árido oeste, donde se puede reconstruir la ruta que siguieron los prototipos mesoamericanos en sus pautas de colonización, nada es lo que sabemos de la ruta seguida por la influencia mesoamericana en su marcha hacia las riberas del Misisipí. Las grandes plataformas escalonadas dispuestas alrededor de plazas y con templos en ellas, las residencias de las élites y otros edificios, muestran una relación genérica con características que se hallan en México, cosa que también muestran algunas notables presentaciones artísticas como ojos alados llorando, manos humanas con ojos o cruces en ellas y cráneos y huesos humanos muy largos, asociados con la llamada "cultura del sur de Estados Unidos".

Sin embargo, paralelos precisos solamente se dan en técnicas de cerámica y mutilaciones dentales. Se ha sugerido la existencia de contactos con comerciantes mesoamericanos de largas distancias, por ejemplo, los pochtecas aztecas, para explicar rasgos mesoamericanoides; sin embargo, no está claro qué buscarían esos comerciantes en los bosques del oriente de Estados Unidos.

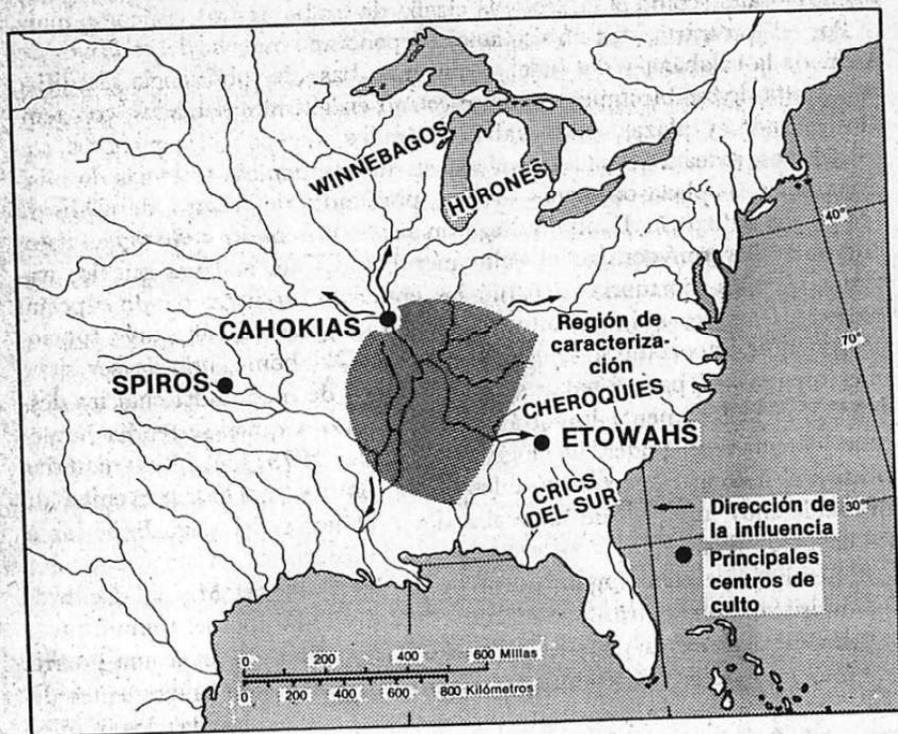
Los misisipianos vinieron después de una cultura más antigua conocida como de túmulos mortuorios. Este nombre se debe a la costumbre de enterrar a los muertos bajo túmulos con mercancías sepulcrales jerarquizadas llegadas de regiones tan distantes entre sí como Wyoming y la Costa Oriental. Estas mercancías nos hablan de la presencia de un estrato de

alto rango, que se comunicó por territorios muy amplios mediante un sistema común de símbolos. Pese a esta amplia interacción, los sistemas alimentarios locales eran muy variados, pues incluían fauna y flora y cultígenos locales (como el girasol y la cizaña de los pantanos), así como maíz.

Por el contrario, los misisipianos dependían mucho del cultivo del maíz, de la calabaza y del frijol. Sobre esta base de subsistencia se edificó una pauta de establecimiento que se centró en grandes poblados, con templos elevados y plazas, que estaban rodeados por poblados menores con montículos, rodeados a su vez por aldeas sin montículos. Colonias de misisipianos se desplazaron hacia afuera, partiendo del centro de Cahokia (cerca del actual St. Louis) y llegaron hasta Wisconsin y Georgia. Estos migrantes llevaron consigo el culto meridional, que al igual que los antiguos túmulos mortuorios acentuó los entierros pródigos, dando especial acento a las proezas del difunto en la guerra. Quizá el culto tuvo funciones políticas importantes. Spiro Mound, en Oklahoma, uno de sus sitios más importantes, parece haber sido un "centro de mando del cual los descendientes políticamente importantes del difunto a quien se rendía homenaje obtenían su poder ideológico" (Brown, 1975:15). Las materias primas de este arte mortuario, tales como cobre y conchas, provenían de un radio muy amplio que abarcaba desde el norte del Lago Superior a los cayos de Florida.

Extendiéndose centrífugamente a partir del Valle del Misisipí Central, los misisipianos encontraron y afectaron culturas del tipo del túmulo mortuario. Al declinar su poderío hacia el 1300, debido tal vez a una guerra intensa, resurgieron estas culturas regionales, que fueron antecedentes de varios de los grupos que encontraron los europeos a su llegada: los iroqueses, en las fuentes del Ohio; los cheroquíes en la parte sur de los Apalaches; los natchez en el bajo Misisipí; y los pawnes, mandanos y otros "indios de aldeas" sobre el Missouri, donde se aunaba el cultivo centrado en las aldeas y la cacería anual de verano del bison. Los iroqueses y los "indios de las aldeas" ocuparían un lugar destacado en el comercio de pieles (capítulo VI), y los cheroquíes serían desplazados durante el desarrollo del Sur Algodonero (capítulo IX). Por su parte, los natchez desaparecerían. Su complejo sistema de estratificación —en un linaje real de "Soles" que giraban sobre un Gran Poblado, dos linajes colaterales jerarquizados de nobles y una categoría de comuneros llamados "despreciables"— parece haber sido resultado del contacto entre misisipianos y una antigua tradición del Golfo similar a la caribe. Los franceses diezmaron a los natchez en el siglo XVIII, pues vendieron a muchos como esclavos en las Indias Occidentales; sus restos se unirían a los crics y cheroquíes. Sin embargo, perdura-

rían en la imaginación de los europeos, por gracia de la fantástica novela de Chateaubriand llamada *Atala*.



*Expansión misisipiana*

Así pues, nuestro viajero del año 1400 habrá presenciado una gran fragmentación política en las dos regiones de "alto contorno" de las Américas, así como una guerra general entre los gobiernos colindantes con las zonas de influencia andina y mesoamericana. Más allá de la faja de pequeños Estados y federaciones guerreras adyacentes a las dos regiones centrales había otras regiones de horticultura, en los bosques tropicales de la América del Sur y en los bosques nororientales de la América del Norte.

Cuando los cultivadores de tumba-roza-y-quema penetraron en estas zonas, chocaron con cazadores y recolectores, que se retiraron a zonas marginales. Era muy variado el uso que estos recolectores de comida daban a los recursos disponibles en estos medios. A lo largo de los litorales oceá-

nicos de ambas Américas, grupos tales como los cazadores de la zona circumpolar, los pescadores y cazadores de mamíferos marinos de la costa norteamericana del Pacífico y los recolectores de crustáceos del archipiélago chileno explotaban y aprovechaban los recursos del mar. En las montañas y estepas no utilizadas por los cultivadores, otros grupos buscaban caza y plantas silvestres, como lo hacían los cazadores del bosque boreal, los recolectores de bellotas y semillas de la América Árida desde la montuosa California hasta la frontera mesoamericana, y los cazadores de guanacos y ñandúes del Chaco y de la pampa sudamericanos. Otras veces se extendieron hacia zonas cultivables, donde desafiaron a los cultivadores, como ocurrió en la América Árida después de la caída de Teotihuacan, y otros más explotaron zonas no aptas para el cultivo con las técnicas agrícolas de aquellos días; se mantuvieron en estos hábitats hasta la llegada de los europeos.

En este mundo del 1400 por doquier había poblaciones interunidas. Grupos que se definían a sí mismos como culturalmente distintos estaban vinculados por parentesco o por alianza ceremonial; los Estados se expandían e incorporaban otros pueblos en estructuras políticas más amplias; los grupos elitistas se sucedían unos a otros, se hacían del control de poblaciones agrícolas y establecían nuevos órdenes políticos y simbólicos. El comercio tejía redes que iban del este de Asia al Levante, que cruzaban el Sahara, del este de África hasta el Océano Índico, y luego al archipiélago del Asia Sudoriental. El Nuevo Mundo también se caracterizó por conquistas, incorporaciones, recombinaciones y comercio. En ambos hemisferios las poblaciones chocaban unas con otras, cruzaban límites sociales permeables, creaban entidades intermedias, entretejidas social y culturalmente. Las sociedades aisladas que existían eran fenómenos temporales: un grupo empujado al borde de una zona de interacción y abandonado a sus fuerzas por un breve momento. Es decir, que el modelo de los científicos sociales de sistemas distintos y separados, y de un presente etnográfico de "precontacto" intemporal, no corresponde adecuadamente a la situación existente antes de la expansión europea; menos aún podría abarcar el sistema mundial de vínculos que se crearían por medio de esa expansión.

En su viaje, todavía no acompañamos a nuestro amigo a Europa, que por esos días se disponía a lanzar su expansión allende los mares. Por un tiempo muy largo, Europa fue de muy poco influjo para el resto del mundo; los árabes la llamaban "la tierra de los francos de los mares occidentales". Los portugueses, que fueron los primeros europeos en llegar a Asia, fueron conocidos en Malaya con el nombre de *Feringhi*, y de *Fo-*

*lang-ki* en China. Gradualmente, los chinos aprendieron a distinguir entre los portugueses y los jesuitas de "I-ta-li" que vivían en el Macao portugués, y entre los holandeses (*Ho-lan*) y los ingleses. Al otro extremo del mundo el gobernante azteca se preguntaba si los recién llegados españoles eran dioses u hombres, pese a que un líder guerrero tlaxcalteca de mente empírica resolvió el problema manteniendo a un español bajo el agua hasta que se murió como cualquier otro mortal. En el Pacífico a los europeos se les fue conociendo con el nombre de *cookies*, por el capitán Cook. La rapidez e intensidad con que estos "bárbaros de fuera, pelirrojos y altivos" se impusieron en diferentes partes del mundo requiere que echemos una ojeada muy especial a Europa, de lo cual nos ocuparemos en el capítulo IV.

### III. MODOS DE PRODUCCIÓN

EN NUESTRO recorrido por el mundo del 1400 hemos dejado que nuestro viajero imaginario vagara entre poblaciones de cuatro continentes. De paso esbozamos los diferentes sistemas sociales y los variados modos culturales de ver que Europa encontraría tiempo después en el curso de su expansión. Para apreciar analítica y descriptivamente las características de esta variabilidad, emplearemos el concepto marxista del "modo de producción". Primero analizaremos las premisas del concepto y luego delinearemos modos que nos permitirán señalar los procesos centrales que operaron en la interacción de los europeos con la mayoría de los pueblos del mundo.

#### PRODUCCIÓN Y TRABAJO SOCIAL

Al formular el concepto de modo de producción, Marx empezó con dos sobrentendidos axiomáticos de la condición humana, que son también axiomas de la antropología moderna. El primero ve a la especie *Homo sapiens* como parte de la naturaleza; el segundo define al *Homo* como una especie social y a sus miembros individuales los ve ligados a otros en relaciones sociales. La especie humana es resultado de procesos naturales; al mismo tiempo, la especie es social por naturaleza.

Sin embargo, esta especie no es un simple producto pasivo de procesos naturales; en el curso de la evolución ha adquirido también la aptitud de transformar la naturaleza para su propio uso. Si la humanidad es a la naturaleza una parte del todo, eso quiere decir que esa parte del todo ha adquirido la aptitud de enfrentar al todo que la engloba; o, en palabras de Marx, "el hombre enfrenta el material de la naturaleza como una de sus propias fuerzas. . . [Al] cambiarla, cambia al mismo tiempo su propia naturaleza" (citado en Schmidt, 1971: 77-78). Esta relación activa de la especie con la naturaleza, aunque fincada en características biológicas, se pone en práctica por medios exosomáticos de tecnología, organización e ideas. El hombre se yergue frente a la naturaleza por medio de lo que hoy día llamamos cultura.

El segundo axioma de Marx destaca la sociabilidad de la humanidad. Los humanos existen en pluralidades organizadas. Más todavía, la forma en que están organizados socialmente rige la forma en que enfrentan y transforman a la naturaleza y, a su vez, la naturaleza así transformada afecta la arquitectura de los vínculos sociales humanos. En palabras de